ALBORES

DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

POR

D. JUAN ARZADUN Y ZABALA

COMANDANTE DE ARTILLERÍA



MADRID
IMPRENTA DE EDUARDO ARIAS
San Lorenzo, núm. 5.

1910

ALBORES

DE LA

INDEPENDENCIA ARGENTINA

AL LECTOR.

El eco jubiloso de las fiestas con que la República Argentina ha celebrado recientemente el centenario de su independencia, ha puesto de relieve el profundo desconocimiento en que, por regla general, vivimos de una historia continuación de la nuestra. No han faltado, entre los que menos la conocen, quienes murmuren que aquella apoteosis de gloria envolvía para nosotros una humillación; que América, grande y próspera, era explicación y causa de que España se vea empequeñecida y agotada; que ríos de sangre vertida en enconadas luchas tienden, entre la metrópoli y sus antiguas colonias, fronteras de rencor, que acertará á salvar con despreocupación codi-

ciosa el interés comercial; pero cierran el paso á más leales afectos.....

¡Craso error que prolonga y dilata con estéril recelo la crisis decisiva de una lucha armada, necesaria en toda evolución, y es causa de infecundo alejamiento; daño insidioso que, como la lenta calentura, debilita las más robustas naturalezas!

Deseoso de conocer la verdad que con su luz ahuyente esas tétricas visiones de una animosidad trasnochada y estéril, quise estudiar el asunto y palpé la dificultad de hallar en la Corte libros que pudieran satisfacer mi deseo.

En la espera de su llegada de América, me asaltó el temor de que, narraciones emanadas de un medio tan distante, pudieran imbuir en mi ánimo prejuicios difíciles de descubrir y desechar. Dime á buscar entonces, para base de mi impresión primera, documentos no comentados, cuyo tono y estilo evocasen ante mí los anhelos y aspiraciones de aquellos hombres á quienes desfigurar pudieran la veneración agradecida ó el injusto desdén. Preferible me pareció no estudiar la historia hecha, sino perquirir elementos para reconstruirla. En vez de la teoría que enfila los su-

cesos en la formación correcta, favorable á las sugestiones de intencionado comentarista, deseaba estudiar los hechos mismos en su incoherencia y vaguedad. Así mis juicios iniciales se formarían libres de la influencia de toda extraña opinión, y al leer más tarde narraciones escritas en horas de batalla, hallaría apoyo en la impresión primera, inexacta acaso, pero espontánea y fiel.

Para lograr este propósito había que abandonar las bibliotecas por los archivos, las páginas impresas por las manuscritas; perseguir el documento antes de que lo desnaturalice el comentario. El Archivo Histórico Nacional, que contiene la copiosa documentación de la Junta Central Gubernativa, á la cual llegaban truncadas y tardías las agrias querellas de los cabildos de Montevideo y Buenos Aires contra Liniers, me procuró los elementos que anhelaba. ¡Cuánto más emocionantes y sugestivos que la mesurada frialdad de la historia escrita!

***

Sin intención preconcebida de demostrar cosa alguna, sin prejuicio ni proyecto aun re-

moto de ataque ni defensa, abrimos con piedad filial polvorientos legajos. Á veces entre sus hojas amarillentas estallan gritos de pasión; hay momentos en que el fiero rasguear de la pluma deja traslucir el rencor implacable que la mueve. Quejas, amenazas de muerte, imprecaciones furiosas, calumnias frenéticas contra el que constituye el obstáculo del momento; todo se mezcla y confunde en el desorden de la agrupación cronológica. La verdad oficial, consignada en impresas proclamas, aparece desmentida por la carta confidencial: junto al proceso en que el temor tasa y mide las palabras, el anónimo desenfrenado que vacía iracundo el caudal de sus rencores; al lado del elogio halagüeño y pomposo destinado á difundir por la publicidad exageradas alabanzas, la confesión sincera, el «Informe en honor y conciencia» y el «Reservadísimo» temeroso de la luz. Hay manifiestos ampulosos que derrochan á torrentes la verbosidad retumbante de la época en protestas reiteradas de falsos sentimientos, y descubren en dos renglones, imprevistos y relampagueantes, el profundo abismo del recóndito pensamiento y de la verdad inconfesable.

Y la historia, la íntima y real descripción

de tiempos y personas que pasaron, está entera en esos papeles que traducen de modo insuperable estados de alma de los actores de aquel drama. Allí está la verdad contada por instantes; el hilo suelto y ondulante del diario relato, guía más sincero y leal que la amañada madeja con la que, andando el tiempo, cada cual teje á distancia, entre omisiones y olvidos, la leyenda de su propia vida. Allí está todo; el error no confesado; el plan irrealizable, acariciado un punto como inspiración salvadora y que desvanece el áspero contacto de la realidad; vacilaciones de un instante, que bastan á enturbiar para siempre una opinión sin mancha.

En el entusiasmo que provoca el espectáculo de tal resurrección, en la curiosidad ansiosa que despiertan aquellas voces que apagó la tumba, se desearía oirlas á ellas solas, sin que la aridez del comentario ahuyente la ilusión de revivir aquellos días memorables: causa enojo que el tío Pedro deje oir su voz en el tablado, ni aun para encargar llaneza al rapaz que nos descubre los sentires de Gaiferos y Melisendra.

Pero cuando se intenta atisbar destellos de verdad entre el enconado desconcierto de

tantas voces clamorosas; al reparar en el desorden que en el orden cronológico introduce la inmensa distancia entre los diversos escenarios; al ver juntos y en íntimo contacto la acusación calumniosa y la defensa forzadamente incompleta del que sólo á medias conoce los desafueros que le achacan, se comprende la necesidad de una intervención que convierta en discusión ordenada la contienda furiosa, dando espacio y lugar á que sean oídas tantas voces como reclaman á un tiempo mismo la atención y acuden casi siempre, para dominar al adversario, al diapasón de la ira más que á la fuerza de la razón reposada.

***

Fruto de aquellas lecturas sin guía, más tarde contrastadas en el estudio de libros argentinos de erudición pasmosa, son estas breves páginas que con efusión cordial ofrecemos á nuestros hermanos de ambas riberas del Atlántico.

No aspiran, ciertamente, á ser estimadas como aportaciones nuevas para el acervo copioso reunido por tantos ilustres investigadores, aunque tal vez más de uno de los docu-

mentos que en ellas se citan no hayan visto la luz hasta el día.

Labor de divulgación, obligada por el propósito de publicarla en las columnas de un periódico á forzado laconismo, no se encamina á otro fin que á patentizar que nada en lo pasado impide que se consuma y afiance la comunión que debe juntar en lo futuro á los hijos de una raza robusta y viril.

Dichosos nosotros si logramos hacerles compartir la certidumbre de que la emancipación argentina no fué en sus orígenes un movimiento antiespañol. Ni torpezas, ni menos crueldades, dieron margen á los anticipados sucesos.

La Revolución francesa sembrando anhelos de libertad en las almas, y la perfidia napoleónica agotando los esfuerzos de su inmenso poder en la estéril porfía de sojuzgar á España, determinaron el rápido desarrollo de las ideas separatistas. Hábiles precursores, favorecidos con tenaz empeño por Inglaterra, ganosa de conquistar para su comercio aquellos ricos mercados, produjeron la independencia mucho antes de que el país la deseara; de ahí la ficción de gobernar en nombre de Fernando VII prisionero, y combatir *por*

afrancesados á los españoles fieles á la causa de la metrópoli.

De cuántas luchas y vacilaciones y tanteos dolorosos ha sido causa aquel prematuro nacer, la historia de un siglo de afanes es la prueba patente.

Al estudiar la evolución de los espíritus en los cuatro años que precedieron á la independencia argentina, nuestra convicción, que desearíamos ver compartida por nuestros hermanos, es la de que poco ó nada, en el precipitado curso de los hechos, corresponde á los hombres, incapaces de remontar la corriente que, en determinadas épocas, suele arrastrar en sus imponentes remolinos las voluntades más firmes y vencer los esfuerzos más enérgicos en forma avasalladora, que trae á los labios la frase resumen del fatalismo musulmán:

—¡Estaba escrito!

I.

Nuestro propósito.—Liniers en 1805.—Buenos Aires conquistada por los ingleses. — Descontento general.—La reconquista.—¡No fogo! ¡No fogo!.....—Cabildo abierto.—El parte á Napoleón.—Las dos patrias.

Nos proponemos extractar, con la brevedad que trabajos de esta índole requieren, un período tan corto como interesante de la historia argentina: el que se extiende desde el año 1806 al 1810. Lustro que presencia el nacimiento de un pueblo.

En el complejo fenómeno de la generación de un sér nuevo, el acto del nacer aparece á los ojos de frívolos observadores enojoso y triste. Entre ayes de angustia vemos la luz primera; con llanto amargo saluda al mundo el recién nacido, que presiente en la frialdad que le lastima, los embates del vivir. Más tarde, cuando la plenitud viril rompe los lazos

que al adolescente unían á los que le dieron la vida, cuando dejamos sin pena el techo que cobijó nuestra infancia, obedeciendo á ley misteriosa que nos manda constituir un nuevo hogar, no hay madre que no murmure: ¡ingrato!; la palabra misma que murmuró la suya cuando, cegada por los resplandores de un amor divino, la abandonó para ser centro de nueva familia. Andando el tiempo, las caricias de nietos vigorosos explican á la madre desolada la razón del inexplicable abandono.

De análoga suerte, si la separación de sus hijos de América pudo entristecer el alma de la patria española, si su entrada en la vida se realizó por ley inexorable entre sangre y dolor, el espectáculo de la prosperidad creciente y maravillosa de los que de ella heredaron la lengua y la fe, trae hoy á su ánimo la convicción de que aquella independencia tan llorada fué acto de nacimiento de un pueblo, de emancipación de una sociedad apta para regirse con propias leyes y decidida á marchar, entre penalidades y zozobras, á la conquista de gloriosos destinos.

Por eso, pasados cien años, no ha de asomar á nuestros labios ni entronizarse en nues-

tros corazones, menguado sentimiento de animosidad ni recelo.

La madre comprende que, si en su hogar falta un hijo, el hogar espiritual de los nacidos de su sangre se acrecienta cada día con vigorosos retoños y, al recordar sin duelo los tiempos que pasaron, los últimos inquietos días de la vida común los rememora con la serenidad de quien conoce que hay sufrimiento de salvaje hermosura en toda fecundidad, y que aquel rojo matiz que coloreó su horizonte con fulgores de incendio, era alborada.

***

En los comienzos de 1805 vuelve á Buenos Aires, desde el gobierno de Misiones, el marino francés al servicio de España, D. Santiago Liniers, abrumado por el peso de graves desventuras. Ha perdido en el viaje á la compañera de su vida, flor americana que ha embellecido los quince años que lleva en el país. Pierde también una hija y dos esclavos, «quedando todavía con la carga de ocho hijos, muchos empeños y sin más auxilios que mis sueldos de capitán de navío».

La situación merece los calificativos de

«estrecha y crítica» que él la da; á las tristezas de la viudez, á los cuidados deprimentes de la pobreza, se suman en aquel año calamitoso pesares y humillaciones de marino amante de su profesión azarosa. Hundido en Trafalgar el poderío naval de España, va á empezar para aquellos animosos navegantes la era triste de los mandos ficticios. Liniers, jefe de la bahía de Buenos Aires, tenía á sus órdenes el año 1806 la menguada fuerza de «dos goletas artilladas con dos cañones de á 18, dos chalupas cañoneras y otros tres pequeños barcos de remo con cañones de á 6». Cierto que la ciudad guerrera es Montevideo, en cuyas fortificaciones ha consumido sumas enormes el octogenario Lecoq.

Con escándalo de tal derroche de caudales, pero sin la más remota aspiración á la propia defensa, deja Buenos Aires á la ciudad hermana el cuidado de ser el baluarte de la banda oriental del río de la Plata, bien ajena de sospechar que su prosperidad comercial va á exponerla á la codicia del secular enemigo. Así su estupefacción es grande al verse, dolorida y humillada, presa fácil de una división naval inglesa mandada por sir Home Popham, que, después de apoderarse del Cabo de Bue-

na Esperanza, entra en el río de la Plata y desembarca sin oposición apreciable 1.600 hombres, los cuales, el 27 de Junio de 1806 «tomaron á Buenos Aires por capitulación, que no fué firmada por el general inglés Guillermo Carlos Beresford hasta el 3 de Julio, después de haber variado los artículos á su placer, dejándola tal que podía á su arbitrio disponer de todas las propiedades españolas que por el tratado debía respetar, manera bastante conocida de estos señores».

Tranquilizados por su fácil victoria, los ingleses disponen como dueños de la populosa ciudad, cuya extensión contrasta con el exiguo número de sus dominadores. No tardan los bonaerenses en sentir el yugo que les coarta y ciñe; los vencedores, con la firme tenacidad que les caracteriza, someten desde el primer día la conquistada colonia á la disciplina que imponen en sus dominios.

Los habitantes se dan perfecta cuenta de que sólo una sorpresa ha podido someterlos á ajena dominación; el número de descontentos crece de día en día; ya confabulación secreta va á lanzar á ciegos exasperados á la peligrosa aventura de una sublevación, sin jefes y sin armas, contra un enemigo al cual el cui-

dado de su propia seguridad obligará á ahogarla en sangre, cuando Liniers entra en la ciudad, autorizado por un salvoconducto, para ver á su familia.

Refiérenle sus designios, y él les convence de que deben esperar los auxilios que irá á buscar en Montevideo. Logra allí que el general Ruiz de Huidobro le confíe el mando de 500 soldados, 100 miqueletes catalanes y cinco piezas ligeras; completa su hueste con 320 marineros y algunos milicianos, y marcha á atacar «con menos de 1.100 hombres á 1.600 fortificados en una ciudad inmensa».

No cabe detallar en pocas líneas la heroica empresa del 12 de Agosto, que vale á Montevideo el título de Reconquistadora, y en la cual se cubren de gloria el pueblo de Buenos Aires y, á su frente, los marinos Liniers y Concha, destinados á compartir después la misma trágica muerte.

El pequeño cuerpo expedicionario, al que se suman en gran número los enardecidos bonaerenses, que han puesto especial empeño en conservar sus armas, obliga á los ingleses á refugiarse en la fortaleza; el último en hacerlo es Beresford; mas convencido al fin de la inutilidad de la resistencia, manda enarbolar

la bandera de parlamento, y como el fuego no cesa, asoma á un baluarte gritando: ¡No fogo! ¡No fogo!....., mientras, para confirmar su entrega, un oficial arroja por encima del parapeto la espada del general.

El pueblo no se tranquiliza hasta ver enarbolada la bandera española, «que saluda con estruendoso ¡Viva España!»

Los ingleses han perdido 300 hombres, y 1.200 rinden las armas.

La muchedumbre aclama por jefe á Liniers, forzando á los elementos directores, reunidos en cabildo abierto, á confirmar esta elección, que destituye al virrey Sobremonte. El pueblo armado comienza á darse cuenta de su poder.

Liniers, siempre generoso, tiene la debilidad de firmar el 16 una capitulación que concede á los vencidos el libre regreso á Inglaterra; logra, con trabajo, que consienta en ello una Junta de guerra; pero el pueblo, indignado, se opone resueltamente á esta concesión, obligando á su caudillo á revocarla.

En la embriaguez de la victoria conseguida con tan escasos medios contra aquellos ingleses invencibles en los mares, el bravo Liniers cede á poco meditado impulso, que ha

de ser, en lo sucesivo, causa de inmerecidas sospechas contra él.

Como francés y soldado, nada más natural que el culto ferviente que rinde á Napoleón. Para aquel genio, sin rival en el Continente, sólo Inglaterra, dueña de los mares, pródiga de oro para todas las coaliciones tramadas en su daño, fomentadora de la guerra civil en sus provincias, seguro asilo de sus enconados adversarios, es el enemigo contra quien nada puede, más aborrecido por inasequible y tenaz; él empequeñece sus triunfos y hace infructuosas sus victorias; por su fría cólera implacable, el radiante sol de Austerlitz dibuja en la lejanía del tiempo el perfil solitario de Santa Elena.

¡Qué tentación para el soldado y para el francés la de narrar su hazaña al grande entre los grandes, seguro de que ha de saborear con deleite aquel descalabro del eterno rival!

Un pretexto se ofrece además para justificar lo que de insólito tiene el dar un parte de victoria á un soberano extraño, aunque amigo: entre las presas de la reconquista «lo que me ha lisonjeado infinitamente ha sido el haber libertado el rebaño de vicuñas, alpacas y guanacos, que, conducidos aquí desde el fondo

del Perú con dificultades y cuidados increíbles, debían, por orden del Rey, ser embarcados en este puerto con destino á V. M.»

Acogido con júbilo el pretexto, cede á la sugestión de relatar su victoria y, al terminar, el rendimiento cortesano pone entre los puntos de su pluma una frase que encierra para el que la escribe un peligro mortal; frase de amor á la patria nativa, y á la cual ardientes enemigos darán, en la ocasión propicia, caracteres de traición. Solicitando disculpa para su imperfecto empleo de la lengua materna, se denomina á sí propio «un francés separado largos años hace de la vista de su patria, con el uso de su idioma casi perdido por la falta de ejercicio, pero que, sin embargo, *ha conservado los sentimientos de un verdadero francés*».

Frase de amor honrado y legítimo á la tierra natal, unida aún á la adoptiva por alianza duradera, pero que deja adivinar el hondo conflicto que producirá en el alma de quien ha reunido en su cariño el hogar de su infancia y el país de su elección, una lucha repentina y odiosa entre la patria de sus padres y la de sus hijos.....

II.

Consecuencias de la victoria. — Los prisioneros. — Soldados heraldos de mercaderes.—La Revolución francesa y la propaganda inglesa. — Arrogancia de los vencidos. — La Comisión del coronel D. Pedro Andrés García. — Altivez de Beresford y Pack. — Canal de comunicación.—Longanimidad candorosa. — Sentenciados en rebeldía.

Aquella victoria, celebrada con entusiasmo indescriptible en la metrópoli, tiene para ella dos fatales consecuencias: primero, desparrama en libertad imprudente por las campiñas á una legión de arrogantes prisioneros, que esparcen sin recato las semillas de la libertad comercial, á la que irán unidas todas las demás preciosas libertades; en segundo término, la convicción de que Inglaterra tratará de vengar en próxima acometida el honor de sus armas, convierte fatalmente á un pueblo de pacíficos comerciantes en hueste

armada, consciente de su fuerza y enardecida por la victoria.

No cabe duda de que, en la rápida evolución de las ideas, ejercen los prisioneros ingleses considerable influjo. Aquellos soldados, hijos y heraldos de mercaderes, al ver desvanecido su proyecto de conquistar la colonia, se apresuran á cambiar de táctica: no es el dominio del virreinato lo que anhelan; quieren sembrar en las almas la fecunda idea de alcanzar para aquellas fértiles regiones los recíprocos beneficios del libre comercio. Al revés de los fenicios, si aspiraban á *entrar mandando* era solamente *por salir vendiendo.*

Bajeles que inundan el país con manufacturas de no soñada baratura y riqueza, harán comprender, con la elocuencia de los hechos, lo odioso del aislamiento comercial que obliga á las colonias al consumo forzado de los productos de la metrópoli y aun á limitar su producción á las cortas necesidades y débil potencia económica de una nación decaída.

Mientras la Revolución francesa, tormenta elevada cuyos rayos sólo hieren las cumbres, desparrama en el ambiente espiritual que respiran los escogidos gérmenes de libertad que el alma generosa de Belgrano recogerá en las

aulas españolas, los comerciantes ingleses, en propaganda más inteligible por más práctica, difundirán por el continente americano ansias de un libre comercio que ha de centuplicar las riquezas del suelo fecundo.

Y aun los ceñudos patriotas que cierran los oídos y apartan la vista de toda idea que enturbie la heredada fidelidad á la madre histórica, no podrán desoir el razonamiento mudo y convincente de aquellos mercaderes que pagan á precios locos primeras materias que allí sobran, y venden con increíble baratura riquísimas mercaderías.

¿Cómo sustraerse á la lógica halagüeña de aquella dulce libertad, que trae entre sus brazos el trabajo remunerador que hace fácil la vida y los prodigios de la industria y el arte que la embellecen y alegran?

* * *

Cuesta trabajo entrever la razón por la cual Beresford y sus 1.200 soldados, rendidos sin condiciones, aunque aparentemente confinados en Luján, gozan durante largos meses la libertad más amplia.

Mucho pudieron influir en el fatal descuido

los apremiantes trabajos de todos los hombres útiles de la ciudad, alistados en improvisados regimientos; pero razón más fuerte explica el trato benigno, casi respetuoso, que los prisioneros reciben.

En cuanto llega hasta nosotros de aquellos días, nada hallamos que denuncie la humilde resignación de los vencidos. Con admirable confianza en el poderío de su patria, todos saben que no ha de cejar en su política perseverante: los vencidos de hoy se sienten vencedores de mañana y cada cual se previene para la campaña futura. Sus paseos son reconocimientos en los que estudian el campo; las riberas sobre todo, lugar probable del contrabando ó la batalla. Sus ensayos por aprender el idioma de los campesinos tienen siempre un doble objeto: el de convencerles de la debilidad de la metrópoli, incapaz de conservar, destruída su Armada, el vasto imperio colonial, y el de desplegar ante sus ojos embebecidos el cuadro idílico de la independencia, tan fácil de lograr con la protección de la Gran Bretaña.

Y con el prestigio de su generosidad de ricos, ó las amenazas del poder que reconquistarán en próxima revancha, laboran sin

descanso; con más éxito ahora, que son inofensivos prisioneros, que cuando los hacía aborrecibles el mandar despótico. Laboran como obedeciendo á una consigna; los soldados, en sus francachelas populares; los oficiales, en las excursiones que aman tanto; el general mismo, en su trato con los oficiales hijos del país, ante quienes expone, con la exquisita cordialidad británica, las teorías más subversivas, achacando, en caso de protesta, á falta de conocimiento del idioma, las audacias de su propaganda arrogante.

Fácil será probar que no es imaginaria la perniciosa influencia que señalamos. Al conocerse el día 5 de Febrero de 1807 la toma de Montevideo por la expedición de Auchmuty, se acuerda comisionar con urgencia al coronel D. Pedro Andrés García para que, en unión del oidor D. Juan Bazo y Berri, marchen á Luján para internar en el país al general y oficiales prisioneros, quienes, según indicios, se han puesto en comunicación con sus compañeros de armas.

El alcalde, D. Martín de Álzaga, recomienda la ocupación de sus papeles, porque «permitirá tal vez el descubrimiento de las torcidas intenciones de estos prisioneros y al-

gunos cómplices en ellas». «No es fácilmente demostrable la sorpresa de todos, especialmente el general y el coronel D. Dionisio Pack, quienes defendieron con altivez sus derechos, y sus descomedimientos y resistencia incivil llegaron á ser insultantes al señor Oidor, con expresiones injuriosas, que (aunque en francés) fueron entendidas.»

Pronto comprenden los comisionados la urgencia de trasladar á todos los prisioneros; tal es la libre comunicación que hallan establecida. «Han hecho un prolijo reconocimiento de estas campañas y costas del Paraná, de que entendí habían levantado planos; su carácter orgulloso ha persuadido á los habitantes de estas campañas de que en breve van á dominarlo todo, logrando una decidida inclinación y protección en cuanto quieren exigir de ellos.»

En los cuatro días que permanecen con Beresford y algunos oficiales que poseen regularmente el español, «les pinté—dice el coronel García—el irregular proceder con nuestros prisioneros, en Maldonado, de sir Home Popham, y su cruel trato; que las tropas estaban todas comprometidas á vengar tan atroces injurias, cometidas con olvido to-

tal de los más sagrados derechos de la guerra; finalmente, que ésta se haria sin dar cuartel».

Entonces Beresford muestra empeño por establecer «un *canal de comunicación* con los generales ingleses»; asegura «que las miras de su nación no eran hostilidades, ni ocupación de estas provincias, sino facilitar en ellas un recíproco comercio, tal vez más útil á los españoles que á los mismos ingleses». Describe á su placer «ventajas mercantiles sobre cálculos muy fantásticos y equivocados, y haciéndole yo algunas moderadas objeciones, desistió de instar en este punto».

«Yo ratifico mi desconfianza de este oficial general y demás de plana mayor que le rodean; prevalido de su poca inteligencia en el idioma, vierte sus conceptos y los retira si no encuentra aceptación; disminuye y apoca nuestras fuerzas y cree ver dominada esta ciudad brevemente aun con 3.000 hombres. Asegura que hay algunos españoles que conocen esto mismo y que aspiran juiciosamente á su tranquilidad; tienen necesariamente relaciones en que ponen su confianza, y han tomado y toman conocimientos exactos de las costas y campañas, haciendo partido de sus

habitantes por miedo, por halagos y por dinero, en que son pródigos.....»

Nada más sugestivo que este cuadro, trazado por la pluma de observador no vulgar, y en el cual aparece pintada con vivos colores la benignidad desidiosa (incapaz de precaver y rechazar el daño solapado) que constituye el fondo de nuestro carácter nacional.

Por esa ciega confianza, mitad fatalismo, mitad pereza, nos sorprenden siempre, incrédulos y desarmados, ataques y maquinaciones.

Estos prisioneros, que aprovechan la franca libertad que se les otorga para tejer asechanzas y sembrar traiciones en derredor de sus sobrado generosos enemigos, tienen la arrogancia de reclamar, entre insultos, los papeles prueba de sus conspiraciones y osan quejarse del mal trato, cuando sus compañeros proclaman con temeraria imprudencia en Maldonado, la guerra sin cuartel.

Á pesar de ello, en vez de represalias, tan dolorosas como disculpables, que hicieran sentir á los arrogantes adversarios la dura ley de los vencidos, vuelven á dejarlos en la completa libertad que hace posible, á los pocos días, la fácil fuga de Beresford y Pack, en

unión de atrevidos conspiradores, aleccionados por sus artes.....

¿Y á un pueblo que procede con longanimidad tan bonachona que no se sabe si calificarla de hidalga ó candorosa, se atreven historiadores sin escrúpulos á presentarlo al mundo como prototipo de la más negra crueldad?

El completo abandono en que nuestros abuelos, harto ocupados en *hacer historia* para tener tiempo de escribirla, han tenido el relato de sus altos hechos, ha dado lugar á que reinen, como verdades inconcusas, ridículos errores que no resisten al más somero examen.

Juzgados sin ser oídos (¿es pereza? ¿es desdén?), ofrecemos al mundo el singular espectáculo de un pueblo que, por descuidar la propia defensa, aparece deprimido con injusto rigor, como sentenciado en rebeldía.

III.

De comerciantes á soldados. — El mancebo mandando á su patrón. — Subversión imprudente. — Nativos y europeos. — Auchmuty en Montevideo. — Destitución de Sobremonte. — En los Mataderos del Miserere. — D. Martín de Álzaga.

La convicción de que los ingleses han de volver con redoblado brío al ataque de la ciudad en que sus armas han sufrido tal descalabro, es unánime, y explica el bélico ardor que transforma á la pacífica y laboriosa Buenos Aires en marcial campamento.

Verdad es que la paralización comercial, secuela del bloqueo establecido por las naves de Popham, deja sin ocupación muchos brazos que, odiando el reposo, se adiestran en el manejo de las armas, después esgrimidas por ellos con maestría de soldados.

«Durante los once meses que corrieron —dice Liniers— desde que desalojé á los in-

gleses de Buenos Aires, se puede imaginar cuánto habré trabajado para hacer guerrero un pueblo de negociantes, de labradores y de ricos propietarios, en un país en que la suavidad del clima, la abundancia y las riquezas, enervan el alma, privándola de la energía que manifiesta en un suelo árido, en que el hombre tiene necesidad de ejercitar todas sus facultades para asegurar su existencia.»

No basta despertar en los futuros defensores de la ciudad el bélico entusiasmo: la dificultad mayor consistirá en disciplinarlos; «la subordinación, tan necesaria para dar útil movimiento á las fuerzas armadas, ¿cómo pudiera establecerse entre hombres que todos se juzgan iguales? El mancebo de un rico negociante se hallaba, comúnmente, más propio para el mando que su patrón, quien, acostumbrado á mandarle con despotismo, se veía repentinamente reducido á ser subalterno».

El trastorno que tales cambios ha de producir en los espíritus tiene que ser muy profundo.

Á otro que no fuera, como Liniers, soldado antes que todo, no se le ocultara la honda revolución que en aquella sociedad, antes

tranquila, van á producir tan imprudentes subversiones. Por esas bruscas mudanzas, el huracán de la guerra suma sus embates á los que ya, en los conturbados espíritus, someten á discusión y censura á todos los poderes y amenazan á todas las jerarquías.

Al medir á cada cual con el rasero de su personal valer, desconociendo los prestigios del nombre y el heredado valimiento, se enseña á todos á estimar, en discusión perpetua, las potestades en la medida de su fuerza real; á preferir, á un virrey sin soldados, un cabildo rico y potente; á menospreciar, por débil y lejana, á aquella metrópoli sin barcos, incapaz de contribuir á la defensa de sus colonias con soldados ni aun con fusiles.

Y en el naufragio de tantos prestigios tradicionales tiene que hundirse y perecer aquél heredado y gigante de la nación remota, cuya existencia misma va á poner en riesgo mortal un ataque traidor y formidable.

***

En la imposibilidad de detallar las múltiples disposiciones con que Liniers probó sus

talentos de organizador, creemos de gran importancia hacer notar que, al disponer el alistamiento general, dividió y denominó á los Cuerpos nuevos por las provincias de que eran oriundos los soldados.

Los nativos formaban cinco batallones: cuatro de Patricios y uno de Arribeños (naturales del interior); seis escuadrones de caballería, un batallón de granaderos provinciales, otro de cazadores de Corrientes y un Cuerpo de artillería, en cuyas filas alternaban blancos, pardos, indios y negros.

Los españoles formaron cinco tercios, denominados de andaluces, cántabros, catalanes, gallegos y montañeses; el cabildo organizó un Cuerpo de artillería, llamado de la Unión. Todos estos Cuerpos eligieron sus respectivos oficiales, á imitación de los somatenes y milicias españolas.

Nada más impolítico que esa división de nativos y europeos en Cuerpos distintos, que era fácil prever serían, andando el tiempo, rivales y enemigos. Esas armas, entregadas con tal confianza y espíritu tan amplio para la defensa del territorio, son las mismas que los patricios emplearán después de la victoria en imponer su voluntad soberana á las auto-

ridades sin soldados: ellos serán el nervio de la revolución que se avecina, y los colores blanco y celeste de su uniforme, serán los mismos que la nación recién nacida dará por gratitud á su bandera.

El 3 de Febrero de 1807, el general Auchmuty toma por asalto á Montevideo, después de un sitio de diecisiete días, muriendo en la brecha nueve oficiales veteranos y quedando heridos casi todos los demás. «Abierta la brecha—escribe D. Nicolás Herrera, diputado en Sevilla por aquella ciudad—rehusó el pueblo y la guarnición por tres veces la honrosa capitulación que les ofreció el general enemigo, y antes quisieron sujetarse á las duras leyes de la guerra que ceder un punto de su valor y patriotismo». Las pérdidas de los defensores excedieron de 700 hombres, y los 600 restantes fueron enviados á Inglaterra y devueltos á España al comenzar la guerra contra Napoleón.

Buenos Aires sólo prestó á la ciudad reconquistadora un refuerzo escaso y tardío; tal vez la causa de esta frialdad en devolver auxilios recibidos tenga su origen en mortificaciones de amor propio, por las exageradas demostraciones con que ponderaron

los orientales sus auxilios del año anterior.

La primera exigencia del pueblo armado se manifiesta en breve: el de Buenos Aires «representa en masa al Consejo Supremo de la Audiencia que todas sus desgracias provenían de la ineptitud ó de la infidelidad del virrey (Sobremonte); que las leyes, en uno y otro caso, autorizaban su deposición, y que abandonaría las armas tomadas para defensa del país, si no se procediese inmediatamente á quitarle el mando. Un negocio tan grave y delicado fué decretado en dos horas».

Ya el pueblo, seguro de su fuerza, impone su voluntad á las autoridades constituídas. Cuando triunfe del enemigo exterior, su iniciativa y poderío serán preponderantes y decisivos; su voz, como la del coro griego, dictará, en intervención constante, sus respuestas á los héroes de la tragedia.

No cabe extractar sin desfigurarlo, empequeñeciéndolo, el relato de la victoriosa resistencia que los 8.600 improvisados combatientes de Buenos Aires oponen á los 12.000 ingleses de Whitelock: 302 muertos y 502 heridos entre los defensores prueban la fiereza del ataque; cerca de 2.000 ingleses muertos ó heridos y más de 1.000 prisioneros de los 6.200

que terciaron en la lucha, atestiguan el heroísmo de la defensa.

El héroe indiscutible fué el pueblo que, al medir sus fuerzas con las más bizarras tropas europeas, se dió cuenta exacta de su poder.

Liniers, admirable organizador de la defensa, cede en los momentos críticos al desaliento, viendo á sus huestes bisoñas batidas en campal combate en los Mataderos del Miserere.

Es D. Martín de Álzaga, alcalde de primer voto de Buenos Aires y jefe indiscutible del partido español, quien, vencedor del pánico, levanta los corazones y reconstituye la defensa. Por él la ciudad, reanimada, se ilumina esperando al enemigo en la noche trágica, como si celebrara de antemano la fiesta de muerte que se prepara. Por su empeño decidido se impone á los vencidos ingleses, para consentir su reembarque, la dura condición de evacuar á Montevideo, condición por la cual la «Vencida Vencedora» paga su deuda á la «Reconquistadora», conquistada á su vez.

¡Dura ley de las revoluciones populares la que impulsa á Buenos Aires, deudora á don Martín de Álzaga de su liberación triunfal, á

derramar justiciera aquella noble sangre, tan bravamente ofrecida en su defensa, para castigo de algo que es todavía soberana virtud, pero será más tarde crimen imperdonable: la ciega fidelidad á la madre España!

IV.

El espíritu público.—La labor de los ingleses.—Millones sin escolta.—Confianza de España en sus hijos de América.—Liniers á Godoy.—El funcionarismo. Los dos partidos.—El cabildo y el virrey.—La tiranía comercial.

El espíritu público es en los comienzos de 1808 francamente español. Si algunos entre los criollos más avanzados sueñan, como aspiración legítima para su patria, con una emancipación de que ya han dado ejemplo las colonias inglesas de Norte América, tal empresa se les aparece como obra de generaciones futuras en tiempos muy remotos todavía.

A las insinuaciones del generol Craufurd, prisionero en el segundo ataque á Buenos Aires, da Belgrano una respuesta, fórmula del común sentir: «¡Queremos al amo viejo ó á ninguno!» Y ambos convienen, después de

amistosa plática, en que un siglo transcurrirá todavía antes que amanezca el día de libertad.

Sin embargo, la labor realizada por los ingleses durante su permanencia en las riberas del Plata ha sido profundísima: la propaganda de los prisioneros, el tráfico de los comerciantes y los escritos de la *Estrella del Sur*, publicada en Montevideo para revelar á los colonos la debilidad de la metrópoli, siembran en los ánimos gérmenes que se desarrollarán con pasmosa lozanía en la ocasión propicia.

Cuando se examina el capítulo de cargos que improvisados conspiradores ganados á la causa inglesa, como Saturnino Rodríguez Peña y Aniceto Padilla, tratan de formular contra el gobierno de los virreyes, aparece patente, á través de las exageradas recriminaciones, el carácter patriarcal de nuestra colonización. Lentitud y aun venalidad en la administración de justicia, alusiones á un fanatismo nada disconforme con los sentimientos de la época, amenazas de opresiones y castigos imaginarios; esto es cuanto inventa en nuestro daño una acusación rencorosa.

La única diferencia radical, lo que llama

el conde de Ofalia en su admirable Memoria sobre la independencia de las colonias «la gran queja de las Américas», es el erróneo concepto del monopolio exclusivo; compendio de las funestas teorías económicas sustentadas entonces con unánime acuerdo por todos los pueblos colonizadores.

El ilustre diplomático pinta á los americanos «obligados á consumir de preferencia las producciones inferiores de la metrópoli, á pagarlas á los precios excesivos que quería darles la codicia de los monopolistas, á entregarles exclusivamente todos los frutos preciosos del Nuevo Mundo, y á determinar la producción, no por la naturaleza del suelo, sino por la de la metrópoli».

Esto basta á transformar el gobierno más paternal en odiosa barrera, que se alza infranqueable entre productores ávidos de cambiar libremente sus mercaderías.

El nombre español inspira tanto respeto, que «la Conducta de tres á cuatro millones de pesos acuñados que baja todos los años desde Potosí á Buenos Aires, es transportada más de cuatrocientas leguas á través de pampas y desiertos inmensos, sin más escolta ni más convoy que un solo conductor con su peón, sin

que jamás se haya ofrecido el caso del menor robo y de ningún insulto».

Si bien se examina cómo entendía España sus deberes, soberbios monumentos que aún existen proclaman la grandeza de su intención, mientras que la lectura de los documentos referentes á la época que estudiamos revela en los nativos una mentalidad robusta, fruto indudable de sólida instrucción (recibida en el país, ó á lo sumo, en aulas españolas), y una extensa cultura, en nada inferior á la de sus coetáneos de la metrópoli.

Pocos pueblos colonizadores podrán alardear de más nivelador criterio; algunos han franqueado con tan perfecta igualdad á los nacidos en opuestos climas los cargos más elevados en la milicia, en la administración, entre los elementos directores; ninguno ha puesto con tan noble confianza las armas de su poder entre las manos de sus hijos distantes, manos que nunca intentó encadenar.

A fuer de imparciales, hemos de manifestar, sin embargo, que el estado del virreinato dista mucho de ser próspero á la sazón; los primeros años del siglo XIX han sido lamentables para toda la monarquía. Una exposición de Liniers á Godoy revela la verdadera

situación del país y deja traslucir los defectos del funcionarismo formalista é inerte, frágil base de nuestro sistema colonial.

Con sinceridad notable se expresa así:

«Serenísimo Señor: Creyera faltar á las Leyes de un fiel Vasallo, si omitiese hacer presente á Vuestra Alteza Serenísima, con la ingenuidad propia de mi carácter, los deseos, que me animan, y los medios que me asisten de poder servir á Su Majestad, á cuios Reales Pies espero que elebará Vuestra Alteza serenísima esta sincera exposicion.

Jamás, Serenísimo Señor, ningunas miras de ambicion, que no fuesen las de la gloria, del bien de la Patria, ó las obligaciones sagradas de Padre de una numerosa Prole, han podido penetrar en mi corazon.

Yo me hago justicia, y conozco, que no tengo las qualidades ni el espíritu propio para los mandos políticos, y de justicia: en éstos tampoco podría ser empleado, exerciendo, como exerzo, el de Capitan General, y Presidente de esta Real Audiencia, en otro que no fuese el del Virreynato, á cuia alta dignidad estoy bien lejos de aspirar, ni que tampoco podría desempeñar debidamente; en primer lugar por ser incompatible con mi carácter,

y en segundo por las muchas conexiones, que he adquirido en diez y siete años, que habito esta Provincia, y haver sido casado en ella.

Aquí, Serenísimo Señor, es necesario un Xefe de luces, integridad y prudencia, que reuna á estas qualidades mucha entereza, para remediar los males indispensables de las críticas circunstancias en que se ha hallado esta Probincia, y en que forzosamente los resortes de la legislacion y subordinacion se han relajado.

Creo, Serenísimo Señor, haber dado pruebas de saber sacar partido de la localidad de un País, para organizar su defensa, en la que acabo de hacer en Buenos Ayres.

El Rey y la Nacion se hallan muy engañados sobre las fuerzas armadas de América, que sólo existen en el papel. Ingentes caudales se gastan en fortificaciones inútiles; nuestra Marina escasea de maderas, de vueltas y de arboladuras, pudiendo las orillas de los caudalosos Rios del Paraná, Paraguay y Uruguay, despues de abastecer nuestros arsenales, hacer un nuevo riquísimo ramo de nuestro comercio de exportacion.

El Paraguay produce dos especies de Plan-

tas para amarras, y cabos de labor, desconocidas en Europa, y superiores en una proporcion incalculable al cáñamo, cuia planta misma progresa aquí, como en ninguna parte del Orbe.

En los Pueblos de Misiones, hay minas de un cobre superior que se podría aprobechar, tanto para laminarlo como para piezas de Artillería de toda especie. La pólbora que se hace superior en Lima, de donde he tenido que traherla con inmensos gastos para la defensa de esta Plaza, se podría fabricar aquí con mucha economía, abundando este suelo de salitres superiores.

Ultimamente, Señor, este Continente ofrece inagotables recursos de ramos de Riquezas y de industria, que no piden más que una mano diestra y una persona caracterizada y de actividad para fomentarlas.

Un Virrey y un Intendente de Provincia con solo leer y firmar lo que pertenece al Ramo de Real Hacienda, dar una ojeada muy superficial á los de justicia, y oyr en extracto las correspondencias, pierden el tiempo de sus mandos, sin haber podido adelantar un poco en las mejoras de un tan rico patrimonio, que les está confiado, y por consiguiente bien le-

jos de que las posesiones de América vayan en aumento, forzosamente caminan con vehemencia á su ruina.

En los años que habito este País, he meditado profundamente sobre todos estos Ramos, particularmente en los dos años que obtube el Govierno de los Pueblos de Misiones, y he procurado adquirir la ilustracion necesaria para hacerlos valer, lo que creo conseguir, si mereciese la alta aprobacion de Vuestra Alteza Serenísima el rebestirme del empleo de Inspector general de los Ramos de Ingenieros, Artillería, Marina, Infantería y Caballería en toda la América del Sur, con especial encargo de recorrer todas las Probincias y entablar en ellas el mejor sistema de defensa, establecimiento de Maestranza, fundiciones, cortes de maderas, aperturas de canales para los fáciles transportes, puentes, y pontones para facilitar éstos, y, últimamente, proponer á Su Majestad las mejoras que calcularía poderse hacer de unas Provincias en otras. Este empleo me ofrezco el serbirlo con el sueldo que sea del agrado de Su Majestad, pagándome los gastos de viajes.

Á esto, Serenísimo Señor, se reduce toda mi ambicion, y la de educar á mi numerosa

familia, con el convencimiento interior en que estoy, de que en ningún otro Destino puedan dedicarse más útilmente mis limitados conocimientos y energía, y llenar más completamente el ferboroso deseo que me anima de dedicarme hasta mi último aliento al mejor servicio del Rey y de la Patria.=Dios, etc.= Buenos Ayres 4 de Agosto de 1807.=*Santiago Liniers.*=Serenísimo Señor Príncipe Generalísimo Almirante.»

Este notable documento da más clara idea de Liniers que las más ampulosas biografías; prueba su modestia, su lealtad y su claro juicio, que, además de demostrarse en el profundo estudio de las necesidades del país que las anteriores líneas acreditan, se comprueba en la piedra de toque á la que ningún falso metal resiste; en el perfecto conocimiento de las condiciones de carácter de que carece.

Estas líneas muestran también, en su verdadero tamaño, al hombre bien intencionado y modesto, acomodado sin pena á la mediocridad de una carrera que cree llegada á su término, y sobre el cual enfoca de súbito la Historia el haz de su linterna cambiante, elevándole á alturas desvanecedoras para expo-

nerle en ellas á conflictos y asechanzas peligrosísimos.

***

Iníciase después de la victoria la constitución de dos grandes partidos: el patriota, que asume las aspiraciones, todavía imprecisas de los criollos, representado y sostenido por los 2.000 patricios entusiastas admiradores de Liniers, y el español, apoyado por el comercio, dueño absoluto del cabildo y defensor apasionado del monopolio, origen y fuente de sus riquezas; de este partido es jefe D. Martín de Álzaga, siendo su brazo armado la artillería de la Unión y los ya nombrados tercios españoles.

En apariencia, sólo se trata de una ligera rivalidad, análoga á la que el espíritu de clase despierta á veces entre militares y comerciantes. Estos reclaman, con sagaz instinto, el desarme de los cuerpos criollos, en los que adivinan peligros para el porvenir, y á tal demanda se opone Liniers, ó agradecido al concurso de patricios y arribeños durante la pasada lucha, ó necesitado de su auxilio contra la absorbente autoridad del cabildo, que

cada vez más invasora y pujante se muestra.

Porque á fuerza de suplir con su entusiasmo todas las deficiencias; de armar al pueblo á falta de soldados, de cubrir con donativos los dos millones de pesos indispensables para la lucha, y que fuera vano pedir á las arcas reales, agotadas y vacías; de distribuir con mano pródiga mandos y recompensas; dueño de las armas y el dinero, los dos goznes de Poder, el Ayuntamiento de Buenos Aires, archiespañol y bien intencionado, resulta, por la fuerza de las circunstancias, abusivo y dictatorial.

Es el órgano generoso, cuyo crecimiento compensador es tan favorable en la crisis morbosa, y que, hipertrofiado luego, ocasiona la muerte.

Invasor, por necesidad, de ajenas atribuciones, cuando depone ante el peligro á un virrey inepto, seguirá siéndolo por hábito, en forma intolerable aun para el modesto Liniers, á quien obliga tal actitud á mantenerse en perpetua defensa de su autoridad, maltrecha y desconocida.

Y esta guerra sorda inducirá á aquel virrey, sin dinero ni soldados, á favorecer y fomentar el partido nuevo, de oposición indeci-

sa, que agrupa á los criollos, sin programa ni plan, por natural antagonismo hacia los ricos negociantes españoles, cuya prosperidad tiene por base el privilegio odioso, que deja baldíos los campos de los terratenientes y sin valor los productos de los hacendados.

¡Absurda teoría la que transforma al complaciente Mercurio en cejijunto Marte; al mercader, que con sugestión simpática nos incita y sonsaca, agente servicial del intercambio necesario á la vida, en tiránico opresor que, suprimiendo con imperio toda competencia, regula precios y calidades á la medida de sus codicias ó caprichos!

V.

La cuestión portuguesa.—La comunicación de Sousa Couthino.—Insinuaciones y amenazas.—Digna respuesta del cabildo.—Exposición á Carlos IV.—Cinco barcos con órdenes y contraórdenes.—Tres reyes y dos Juntas.

Un inesperado suceso viene á aumentar el trastorno de los espíritus, sumando los afanes que despierta el amago de un nuevo peligro á la febril excitación de la victoria.

Apenas restañada la sangre en las heridas recientes, amenaza cruda guerra otro adversario, más temible por fronterizo.

Es el eterno rival, cien veces vencido en la batalla, otras cien victorioso en las lides diplomáticas y fortalecido ahora por la presencia de sus reyes, que abandonan la metrópoli para buscar en el Brasil seguro apoyo para el Trono de la combatida monarquía: el portugués.

El día 29 de Noviembre del año 1807 se da á la vela en Lisboa para Río Janeiro la escuadra en que huyen de la indisculpable acometida napoleónica el príncipe regente y el innumerable séquito que en tan triste éxodo le acompaña.

Las tropas que al siguiente día se adueñan de Lisboa son francesas y españolas: combinaciones de una política deplorable asocian en este trance nuestro nombre al de los que serán en breve nuestros encarnizados enemigos, y nos obligan á acompañarlos en aquella acción injusta y odiosa.

Ya en el Brasil, el príncipe desposeído por españoles y franceses, cae en la cuenta de que, en sus nuevas fronteras existen disputados territorios, mal defendidos entonces, y cuya posesión podría indemnizarle en parte de las consecuencias del despojo.

Y plenamente convencido de la imposibilidad en que España se encuentra á la sazón de acudir en defensa de la colonia lejana, hace que su ministro de Estado y de la Guerra, D. Rodrigo de Sousa Coutinho, dirija el 13 de Marzo de 1808 al cabildo de Buenos Aires un «Reservado», entre amenazador é insinuante, en el cual, después de declarar á

España esclava sumisa del emperador francés, ofrécese á tomar el virreinato bajo su protección, empeñando la Real palabra para fortalecer la promesa de no gravarle con nuevos impuestos, así como de asegurar su comercio libre é íntegro, evitando con su mediación toda amenaza de la venganza inglesa. Conmínale, en caso de negativa, con la guerra inmediata, y exhorta al cabildo, «que es el Padre de la Patria», para reunir aquellos países «bajo el dominio de un tan gran Príncipe».

Tan discreta como briosa es la respuesta en que «la Muy Leal Ciudad» recuerda al ministro lusitano los «recientes, notorios y harto funestos, al Aliado de S. A. R.», testimonios de fidelidad á su monarca, «el mejor y más amable de los Soberanos»; considera como «insulto y agravio intolerables» todo lo que tienda á separarle «de una dominación que prefiere á cuantas ocupan el globo». Y desprecia insinuaciones y amenazas, declarándose dispuesto «á derramar la última gota de su sangre antes que permitir que se desmembre de la Corona de España una mínima parte de estas vastas posesiones».

Otra gestión directa entabla el ministro Sousa con Liniers por mediación de su her-

mano el conde de Liniers, coronel de nuestro ejército; lo de más enjundia en el relato de la negociación (curioso documento, dialogado á trechos, y en el que alternan donosamente amenazas y agasajos) es un cómputo de las fuerzas de ambos países, en el que el conde opone á los invencibles Paulistas brasileños, nuestros Blandengues, indios pampas y esclavos negros.....

Y aquí creemos conveniente afirmar, como gloria nuestra, el hecho citado con legítima satisfacción por el bravo conde de que, no solamente «los españoles han recogido el fruto de la humanidad con que tratan á sus Negros, pues cada cual ha hallado en sus esclavos defensores intrépidos», sino que varios caciques de los indios pampas han ofrecido al virrey, después de rechazados los ingleses, su ayuda en caso de nuevos ataques.

Esta profunda paz interior, esta sólida compenetración de las distintas razas, que no sólo resiste las conmociones de una guerra, desdichada al comienzo, sino que se fortalece en la adversidad, es prueba honrosa de la acertada y justa organización de un estado social de tan perfecto equilibrio, que logra constituir estable conjunto con tan heterogé-

neos elementos, sin que les haga fermentar la levadura del odio de razas, jamás conocido bajo nuestra dominación y que es cáncer profundo de ajenas colonizaciones.

***

Finalmente, las exigencias portuguesas se reducen á reclamar un tratado de paz y amistad con un artículo «que garantice el libre comercio entre ambos pueblos».

No necesita más para desbordarse la furia de los comerciantes del cabildo, quienes adivinan en esta condición la puerta abierta «que podía apetecer la Nación Británica para dar libre expendio en estos dominios á todas sus manufacturas..... »

Su profunda alarma se manifiesta muy á las claras en una exposición dirigida por el cabildo al rey Carlos IV. Después de mil protestas de lealtad, pinta sus «ideas de odio y venganza» ante el impensado insulto y su decisión primera de enviar 2.000 hombres «á invadir el Río Grande, destruir la población y cegar el puerto».

Apagado por la reflexión el ardor primero, describe la miseria causada por los ataques ingleses, que le mueve á pedir socorros al

resto del virreinato y al Perú; así, aunque asegura que el enemigo «sólo avanzará sobre cadáveres» y que el vecindario llegará en la defensa «á términos que parezcan increíbles», reconoce que sus fuerzas «no igualan á sus nobles deseos».

Declara que carecen de armas con que frustrar «los pérfidos conatos del Gabinete de San James» y las demanda con urgencia, decididos á «perder mil vidas antes que separarse de la suave Dominación del mejor de los Monarcas».

La nave que conduce á España este documento, fechado el 7 de Junio de 1808, se cruza, no lejos de la orilla, con la barca *Santo Cristo de Grau,* portadora del relato oficial de la abdicación de Carlos IV y la orden oportuna para que se verifique con gran pompa la proclamación de Fernando VII; después divisa á los bajeles anónimos en que llegarán, vagas é inquietantes, noticias de la protesta del rey padre declarando forzada su abdicación; luego un buque de guerra, más veloz que poderoso, arbolando los colores franceses: es el *Consolateur,* en el que navega el emisario napoleónico M. de Sassenay, seguido, nueve días más tarde, por la fragata que conduce al bri-

gadier Goyeneche, delegado de la Junta Suprema Sevillana. Por fin, cerca ya de las costas españolas, divisa á la fragata *Prueba,* que ostenta la insignia del general de la armada Ruiz de Huidobro, ex-gobernador de Montevideo y representante ahora de la Junta de Galicia.....

Es la historia misma, tormentosa y cambiante, de aquellos tristes días, la que enfila sobre el Océano sus contradicciones y zozobras en aquellos cinco barcos, portadores de las órdenes soberanas de tres reyes y dos Juntas.....

¡Todos se disputan, con tenaz porfía, el derecho á regir nuestras turbadas colonias, en el momento en que más indispensable sería la acción aquietante de un poder central fuerte é indiscutido!

Siguiendo en su carrera por los mares á los buques que marcan, por la corta distancia que los separa, la proximidad cronológica de tan bruscos trastornos, se viene á las mientes la genial imaginativa de Flammarión cuando repasa la historia de los mundos, recogiendo en su marcha los rayos de luz que la acarrean por los espacios sin fin.

VI.

Entusiasmo por Fernando VII.—El enviado de Napoleón.—Vacilaciones de Liniers.—Resolución del cabildo.—Lecciones de la Historia.—Llegada del brigadier Goyeneche.—Su «Informe reservado en honor y conciencia».—Descripción del virrey.

El 29 de Julio llegan á Buenos Aires, en la barca *Santo Cristo de Grau,* noticias del cambio realizado en la metrópoli.

«¡Cómo se podrá pintar al vivo—escribe el cabildo—el regocijo universal, el júbilo y alegría en que se inundaron los corazones del vecindario, luego que llegó á entender había ocupado el trono el injusta é inicuamente perseguido, el amable, el sin igual Fernando VII!

»El Joven, el Parvulillo, el Sexo débil, el Rico, el Pobre, las clases todas se felicitaban con plácemes y enhorabuenas; por las calles y plazas gritaban á una haber llegado la época de su dicha y felicidad.»

Pero cuando ya se disponía «la más solemne jura», comienza á circular un impreso que contiene las protestas de Carlos IV declarando forzada su abdicación, el nombramiento de lugarteniente, que recae «en el sanguinario Murat, y la infame carta de Napoleón á Fernando».

«No dejó de contristar los ánimos á primera vista, mas al fin se graduó por un papel sedicioso, se dió al desprecio y no se suspendió cosa alguna de lo que estaba dispuesto, á pesar de otras noticias que ponían por cierta la existencia de Fernando en Bayona, la emigración de toda la familia Real y la ocupación de Plazas y Castillos por los franceses.»

En esta situación recibe Buenos Aires, el 13 de Agosto, la visita del emisario de Napoleón, M. Sassenay; condúcesele á la fortaleza donde le aguarda el virrey, el cual, en presencia de la Audiencia y el cabildo, dispone la apertura de los pliegos que aquél conduce, á saber: copias de las renuncias de Bayona, así como del nombramiento de José Bonaparte, con pliegos de los secretarios de Guerra y Hacienda, que reconocen y confirman los derechos del nuevo rey.

La Junta unánime, teniendo en cuenta

«los desastres que la menor división de ánimo ocasionaría»; en vista de que los pliegos recibidos «unos no están firmados, otros lo están por ministro desconocido, otros es muy verosímil que se hayan librado en medio de la presión y violencia, y todos vienen por conducto extraño, desusado y de ajeno dominio», deciden anticipar al 21 la Jura preparada para el 30, y que, en espera de noticias de la metrópoli, «se rechacen y repulsen de nuestros puertos, con la mayor energía, cualesquiera tropas que no sean precisamente españolas».

Los papeles se dan al fuego, y el emisario queda incomunicado en la zumaca Belén, y prisionero, más tarde, en la ciudadela de Montevideo. Sin embargo, antes de su marcha tiene una entrevista á solas con Liniers.

Nada más explicable que la confusión del virrey en situación tan difícil, ni más natural que la simpatía con que ha de ver un cambio con tendencias á fundir los destinos de sus dos patrias.

Resultado de sus vacilaciones en tan obscuras circunstancias, es una ambigua proclama, fechada el 15 de Agosto, y en la cual, después de aplaudir en nombre de Napoleón

los triunfos de Buenos Aires, exhorta á todos á esperar en calma la solución del problema planteado:

«Sigamos—dice—el ejemplo de nuestros antepasados en este dichoso suelo, que sabiamente supieron evitar los desastres que afligieron á España en la guerra de Sucesión, esperando la suerte de la metrópoli para obedecer á la autoridad legítima que ocupó la soberanía.»

Esta resignación indiferente, esta pasividad de carneril manada á la espera de un cambio de dueño, repugna á los esforzados vencedores de Inglaterra: aún los criollos más avanzados se declaran resueltamente en favor del «amo viejo».

La proclamación de Fernando VII, hecha con nunca visto esplendor, es la protesta solemne del dominante espíritu antifrancés, que no aguarda para exteriorizarse en patriótico juramento la noticia de la sublevación nacional.

Arden todavía las luminarias del entusiasmo cuando el 23 de Agosto, el brigadier Goyeneche, representante de la Junta Suprema Sevillana, lleva á las orillas del Plata ecos del noble despertar del león hispano.

Al acoger con lágrimas de alegría sus palabras, los bravos bonaerenses se complacen en hacer resaltar su singular contento «por haber anticipado su obediencia al mandato y executado las sabias resoluciones de la Suprema Junta *antes de saberlas*».

No en balde ha transcurrido una centuria desde la guerra de Sucesión; queda muy lejos la antigua colonia que aguardaba, indiferente ó sumisa, á que ajenos fallos decidieran su suerte; elemento activo en la vida española, Buenos Aires se complace en proclamar que «tiene la gloria de haber uniformado sus votos con los de la nación».

Y para reforzar su decisión, espontánea y personalísima, halla en su historia ejemplos oportunos, refresca laureles conquistados en gloriosas luchas contra el francés:

«En los habitantes de Buenos Aires—afirma con dignidad viril—no se han apagado la energía, ardimiento y valor con que, en los años 1658, 1698 y 1720, burlaron los designios del general Timoteo de Osmat, conocido por el Caballero de La Fontaine; los de Monsieur de Pointis, y los del Capitán Esteban Moreau, rechazándolos, con muerte del primero y último, y huída vergonzosa del segundo».

Es la leccción histórica, la norma heredada que ha de marcar también rumbo seguro al archiespañol Elío, y á falta de la cual, desorientado y sin guía, el bien intencionado Liniers produce, por su indecisión de un instante, el cisma doloroso que tanto agrava la revolución argentina, y alza la barrera que aún divide á las dos repúblicas del Río de la Plata.



***

El espíritu antifrancés es unánime y no cede en intensidad al que subleva á la metrópoli contra sus invasores.

El entusiasmo, que acrecienta la llegada de Goyeneche, es inmenso. «El pueblo salió como fuera de sí y soltó los diques al júbilo y alborozo; aun los ministros del Santuario, mezclados con la ínfima plebe, vistieron la escarapela nacional y clamaban sin cesar que aquél era el día de sus glorias, de sus triunfos y de su libertad. No puede este Ayuntamiento traer á la memoria, sin enternecerse, las singulares y raras acciones que presenció la tarde del 23 de Agosto.»

«El pueblo corre por las calles—escribe

Goyeneche—seguido de músicas y banderas»: «la alegría universal produjo lágrimas de consuelo en personas muy respetables»: «el noble virrey mandó un repique general y salvas de artillería, que ni aun por la noche se dispensaron, iluminada toda la ciudad.»

Pero debajo de estas gratas apariencias, que el enviado de la Junta Suprema se complace en proclamar en sus comunicaciones oficiales, descubre otro notabilísimo documento, su «Informe reservado en honor y conciencia», el desolador efecto que en él produce la contemplación del anárquico desbarajuste que reina en todos los ramos y trastorna todas las jerarquías, como consecuencia del desquiciamiento que en la ciudad comercial han producido los esfuerzos y afanes de la pasada lucha.

«Lo primero que aquí se necesita—escribe Goyeneche, con leal franqueza—es un virrey de mucho carácter, que tenga energía y probidad para arreglar todos los ramos de la Administración, que con el velo de las circunstancias, están en un desorden clásico.

»La Real Hacienda, viciosamente administrada, nada le basta, ni desde la más remota fecha ha producido una cuenta que

aclare su situación. La Audiencia está sin la autoridad y lustre que le pertenecen y merece poca confianza. El Militar abultado, consumiendo una inmensa cantidad y, como organizado en el desorden, carece de bases; las graduaciones militares, en poco aprecio por la prodigalidad con que se han repartido.

»El cabildo se compone de hombres sin principios, que su fortuna la deben á la casualidad, mezclándose en negocios de gobierno y de política, y, en el día, en todos los ramos, ultrajando las facultades y privilegios adictos al virrey; disputan sin educación y se ofuscan á la razón, acudiendo luego á un leguleyo, de cuya mano salen enredos, competencias y un fárrago que todo lo abruma, y sus producciones las pagan á peso de oro.»

Salta á la vista el trastorno que, en la milicia sobre todo, ha introducido la presurosa organización de Liniers, convirtiéndola en una «masa de cuerpos informes» que Goyeneche cree indispensable transformar en «una fuerza subordinada á principios militares», que no lo absorba todo «consumiendo todas las rentas del virreinato».

La «Descripción del virrey», que el informe contiene, merece ser conocida:

«Don Santiago Liniers tiene el carácter siguiente: honrado y lleno de honor, no conoce el miedo.

»Su cabeza es fecunda en principios, pero sin la firmeza de carácter ni el vigor que se necesita para mandar. Hombres miserables se le atreven y entran en contestaciones, sin atemorizarse de la Soberanía á quien representa.

»Su pasión dominante es la de hacer bien; no tiene un real ni es capaz de guardarlo.

»La nación le debe la conservación de estos dominios, que sin su impulso no se hubiera logrado, y en la crisis actual de los negocios con Francia se ha comportado en calidad de noble y leal caballero.»

Propone su separación del virreinato, pero «llenándole de honras y rentas».

Nada más exacto que esta breve descripción de una figura que, examinada á través de los prismas del odio y la admiración, exageradamente ensalzada ó deprimida, objeto de todos los entusiasmos y víctima de todas las calumnias, no es fácil representar en forma real y proporcionada.

Si su origen francés y cierta debilidad é inconsecuencia que pusieron de relieve situa-

ciones dificilísimas, aun para afrontadas por almas de acerado temple, le condujeron en corto plazo á ejecución tan cruel como inútil, no podrán ojos españoles leer enjutos su gloriosa muerte, que prueba cuán cerca está, en las épocas revolucionarias, el Capitolio de la roca Tarpeya.

VII.

La proclama del deán Funes. — Gérmenes de ideas separatistas.— Las cartas de Puyrredón.— Impresiones pesimistas de un criollo en España. — La indignación del cabildo. —Los precursores.

Para quien guste de atisbar en qué momento la idea de la independencia pasó, de aspiración remota y vaga, á revestir la forma de esperanza definida, extractaremos un documento notable. Es una proclama patriótica, elocuente, que, con el fin de excitar su celo en tan críticas circunstancias, dirige al clero del obispado de Córdoba de Tucumán el famoso deán Dr. D. Gregorio Funes (1), poco más tarde uno de los más decididos partidarios de la revolución.

Describe en ella, magistralmente, los efec-

(1) Es uno de los primeros historiadores de la República Argentina.

tos de las noticias de la usurpación francesa, los anhelos, las zozobras de todos:

«Estas noticias—dice—nos pusieron á todos en un estado de turbación y de agonía. Tan pronto buscábamos á España, ese robusto cedro del Líbano, y apenas encontrábamos el lugar de su nacimiento; tan pronto nos sostenía la sublime idea de la nación viril, de cuyas manos se había arrebatado al Rey deseado, que miraba como restaurador de su fortuna y de su gloria; unas veces, *envueltos nosotros en su caída,* sólo se presentaba á nuestros ojos un cuadro de desdichas, por donde, entre las sombras sepulcrales, apenas divisábamos la decencia, la libertad, la religión dando las últimas boqueadas; otras, *queriendo salvar de este naufragio tan caros intereses, en caso de que España recibiese, á pesar suyo, otra dinastía extranjera, no hacíamos más que ponernos en pasos resbaladizos*..... Todo era dudoso en nosotros menos el que Fernando reinaba en nuestros pechos.....»

Llega Goyeneche y conocen por él la resistencia de España. El entusiasmo se desborda. Napoleón es para Funes «un delincuente afortunado, un bizarro compuesto de bajeza y dignidad, un héroe loco, un ambicioso desen-

frenado, un hipócrita rastrero y, en fin, un malvado sin remordimientos».

Relata «la escena sacro-cómica de su coronación».

Hace rápida historia de lo ocurrido en Europa y España hasta el día, y termina diciendo:

«Pero esos españoles, hijos de tantos héroes, que mil y mil veces afirmaron el cetro en las manos de sus reyes, no habrán sobrevivido hasta aquí para recibir esta afrenta. ¿Permitirán que en sus manos se sequen los laureles que heredaron de sus abuelos?

»¡Eh! ¡No, no insultemos con dudas injuriosas á una nación que es el templo del honor y el modelo más acabado de lealtad! El reino entero está sobre las armas, y no las dejará hasta haber recobrado á su amado Rey, esa prenda inestimable de su dicha y de su quietud doméstica.....

»Hermanos míos, en vano se cansa Napoleón: Dios es, y no él, quien distribuye los cetros.

»¡Obliguemos al cielo con nuestras oraciones, socorramos á la metrópoli con nuestros donativos!»

***

Á este cuadro acabado, revelador de las ideas que la invasión de los franceses despierta en los nativos residentes en América, resulta curioso comparar el efecto que, el próximo espectáculo de nuestras desdichas, produce en un criollo establecido accidentalmente en Sevilla, también partícipe famoso, andando el tiempo, en los trabajos de la revolución.

Es D. Juan Puyrredón, hijo de francés, uno de los héroes en la lucha con los ingleses, á la sazón comisionado en Sevilla por el cabildo de Buenos Aires para negociar el pronto despacho de asuntos interesantes.

Sin dejarse ganar por el ardor patriótico, que inflaman hasta el paroxismo la victoria de Bailén y la retirada de las tropas francesas allende el Ebro, escribe al cabildo en términos que, á la vez que denuncian el carácter anárquico del levantamiento nacional en su primera época, auguran á nuestros enemigos una completa victoria:

«El reino dividido en tantos gobiernos cuantas son sus provincias; las locas pretensiones de cada una de ellas á la soberanía; el desorden que en todas se observa y la ruina que les prepara el exército francés, que, aunque rechazado en sus primeras tentativas, se

ha retirado á Burgos, en donde recibe continuos refuerzos, son consideraciones que me impiden permanecer por más tiempo en el desempeño de una comisión que hoy veo sin objeto. En consecuencia, me he retirado de la Junta de Sevilla, por no haber en ella más facultades que en las demás para entender en los asuntos de mi cargo.»

Deja entrever que no se atreve á confiar á la pluma todos su pensamientos, tanto más, cuanto que la correspondencia del cabildo ha sido interceptada y abierta por el gobernador de Cádiz «con insultos de que impondré á Vuecelencia más adelante. Han llegado á mis manos algunos de los papeles que Vuecelencia mandó con López, y su suerte será, según preveo, la de dormir eternamente donde yo los deposité».

En los expresivos renglones, de cortado y nervioso estilo, se lee una frase tan sincera que hace palpitar á un corazón español.

Puyrredón no se alegra, antes se conduele, de nuestra ruina, por más que vea en ella el heraldo que anuncia su liberación. ¡No!, no hay fingimiento en la voz franca y leal cuando exclama:

«Es con el mayor dolor que manifiesto á

Vuecelencia estas verdades; pero mi honor, el bien de esa provincia y la confianza con que Vuecelencia me ha honrado, exigen esta ingénua declaración, para que sirva de gobierno á Vuecelencia.»

Se adivina que el espectáculo más aflictivo para él, es el del anárquico desorden que convierte á la España unida y poderosa, en la que fió siempre su apoyo y su defensa, en un rebaño de provincias enloquecidas por el pánico, y que se agrupan al capricho de combinaciones momentáneas. Pronto aventará, en su opinión, resistencia tan deshilvanada, el aliento del gigante que las amenaza:

«La ruina de este reino va á seguirse inmediatamente. Las provincias quieren sostener cada una su soberanía y ser absolutas en su departamento; en efecto, lo son, y desgraciado del que no obedece en sus territorios.»

Consecuencia de esta disgregación es la diversidad de virreyes que aspiran á regir la apartada colonia:

«Salió de la Coruña otra fragata de guerra conduciendo á Ruiz Huidobro, nuevo virrey de esta provincia, nombrado por la Junta so-

berana de Galicia; otro ha sido nombrado por la de Granada, aunque no sé si se ha embarcado.»

Y, con irónica amargura, atribuye á la codicia tan paternal interés:

«Todos pretenden la herencia de ese rico territorio y, en tal situación, creo que una prudente detención es el partido que la razón ofrece.»

El hijo fiel de la tierra nativa, aunque amante en el fondo de la vieja España, comprende la ineludible necesidad de separar los juveniles destinos de la colonia, de la suerte infeliz que á la metrópoli amenaza:

«Antes de un mes estaré navegando para esa; á mi llegada instruiré á Vuecelencia bien debidamente de todo lo ocurrido en esta metrópoli, y Vuecelencia, digno padre de un pueblo valiente y generoso, conocerá que es acreedor á suerte más feliz, y obrará con la prudencia y acierto que en todas ocasiones le dictó su singular patriotismo.»

Con libertad más franca deja entrever sus sentimientos en la carta siguiente, sorprendida, para unirla al proceso, por el indignado cabildo de Buenos Aires, á pesar de dirigirse desde Cádiz á D. Justo José de Núñez, escri-

bano público y á todas luces cariñoso y discreto amigo, copartícipe de sentimientos y merecedor de íntimas confianzas:

«Cádiz 27 de Septiembre de 1808.

»Mi amigo apreciable: Llegó D. Antonio Lopez el 29 del próximo pasado, y la correspondencia del Cavildo me fué interceptada por el Gobernador de esta Plaza, y despues de mil insultos me fué entregada en parte, y toda avierta y reconocida.

»Por las adjuntas del Cavildo, que dirijo bajo la cubierta de Vm. para evitar que me las intercepten, como hacen continuamente, se impondrá Usted de la situacion en que esto queda. La ruina de este Reyno va á seguirse inmediatamente; y no crea Usted otra cosa, aunque algunos escriban ocultando las divisiones en que están las Provincias, y los males que las amenazan, bajo la esperanza de una Junta Central y suprema. Esta no tendrá efecto; y quando se verificase la reunion monstruosa que se prepara sólo en las cabezas de los que aman el orden, sólo serviría para aumentar el desorden.

»Las Provincias de Galicia, Leon y Casti-

lla se acaban de unir y formar un Reyno separado de las demás.

»Ya llegó, amigo mio, el tiempo de desengañarnos: las solicitudes de Usted serán vistas en buen tribunal, y será sin duda recompensado el mérito. A la capa y adelante.

»Leida ésta se pasarán muy pocos días sin que tenga el gusto de abrazar á Usted; ¡quántas y qué grandes cosas tiene Usted que saber de mi boca! Sobre todo paciencia y paciencia hasta que yo llegue, que entonces será bien satisfecha la curiosidad de Usted.

»No deje Usted desbarrar á los tios de nuestra familia; y que los más juiciosos arreglen la conducta de los de menos experiencia.=Memorias á Madama. Memorias *á nuestros amigos los buenos,* y todo mi afecto para Usted, de quien es verdadero amigo, *Puyrredon.*»

Estas cartas, que se reciben en Diciembre, indignan y repugnan al fidelísimo cabildo de Buenos Aires.

«Ningún vasallo, por tibio que sea, dejará de llenarse de horror al ver estampadas proposiciones tan escandalosas.» El cabildo protesta de «el audaz y depravado idioma con que se produce su ex-diputado contra el honor de la nación, contra su heroica fidelidad en

las ocurrentes circunstancias y contra la que, por tantos y tan diversos medios, ha acreditado este Ayuntamiento». «Su lenguaje es, ó de una infame adhesión al emperador de los franceses, ó de ideas corrompidas por la independencia.» «Un abismo de males se presenta á nuestra vista, si se deja llegar á ese mal vasallo para difundir especies tan monstruosas en la presente, crítica situación.»

Y se ordena sorprender á Puyrredón á su arribo con todos sus papeles, no permitir su desembarque, confinarle en otro buque y despacharlo inmediatamente para la península.....

Estudiando con imparcialidad estos documentos, se acaba por creer firmemente que el plazo de un siglo, asignado en 1807 por Belgrano para el advenimiento de la emancipación, hubiera parecido ridículamente escaso á todos los contemporáneos la víspera misma del día en que se hizo público el brutal atropello de Napoleón á la familia reinante.

Errores de óptica histórica, muy frecuentes en quienes relatan á distancia los hechos que realizaron, empeñan á narradores de perfecta buena fe en demostrar algo que creemos indemostrable: la existencia de adivinaciones

misteriosas y trabajos preliminares para lograr la separación de España, por parte de aquellos espíritus clarividentes que, adelantándose á sus coetáneos, supieron convertir en ventaja para sus planes el desastre inesperado y fortuito.

VIII.

Elío contra Liniers. — Marinos y soldados. — Los cabildos de Montevideo y Buenos Aires. — Liniers y los patricios. — Calumnias contra Liniers. — El partido criollo. — Herencia filial.

Mientras en Buenos Aires el leal Liniers, ya resuelto partidario de la España antinapoleónica, multiplica las expresiones de su fidelidad, el coronel Elío, gobernador interino de Montevideo, español de corazón ardiente y de criterio estrecho, siente redoblarse sus sospechas.

Ha visto con inquietud á Sassenay pasar el 10 de Agosto hacia Buenos Aires, conduciendo pliegos reservados para el virrey, y el audaz emisario ha llegado en su arrogancia hasta protestar con altanería á la vista de los preparativos hechos por la jura de Fernando VII, declarando sin rebozo que el rey actual de España es José Bonaparte.

Se comprende el terrible efecto que, en los instantes en que aguarda ansioso las indignadas protestas de españolismo del virrey, tiene que producirle la ya citada proclama del 15 de Agosto, indecisa, deplorable.

Para el ardiente Elío, para el muy español cabildo de Montevideo, la «traición decidida del francés Liniers» es clara como la luz: así lo manifiesta en carta dirigida el 24 al cabildo de Buenos Aires.

Hay que considerar que, entre el criterio de Elío y el de Liniers, si ahonda abismos la patria distinta, alza también sus valladares el espíritu profesional. Cruces honrosas ó heridas mal curadas recuerdan las campañas del Rosellón á nuestros soldados que, en cambio, sólo tienen vaga idea de la hostilidad británica; nuestra Marina, por el contrario, ha peleado unida á la francesa en Mahón, en Gibraltar; juntas sufrieron el mortal desastre de Trafalgar, que enciende en sus corazones el odio al inglés.

Tenemos, en una palabra, dos enemigos tradicionales: Francia, por tierra; Inglaterra, en el mar. Esto explica que el fogoso Elío, «á quien ya conocen los Pirineos», se apresure á declararse antifrancés, en tanto que el virrey

marino tarda en hacerse á la idea de que los ingleses hayan de ser, en adelante, nuestros aliados fidelísimos.

La cavilación recelosa de los de Montevideo se agiganta por momentos. En otra carta al cabildo de Buenos Aires piden, sin vacilar, «la separación de un virrey extranjero».

Y los cargos indecisos se concretan: los partes dados á Napoleón tras los pasados triunfos; la frase en que Liniers asegura *haber conservado los sentimientos de un verdadero francés;* la tranquilidad con que ha acogido las inicuas proposiciones de Sassenay, cuando un simple ofrecimiento de protección por parte de los portugueses le había enfurecido hasta querer llegar á la declaración de guerra; todos estos vagos indicios son para los firmantes prueba plena que determina su franca hostilidad hacia el virrey extranjero.

Acalorados con tales ideas, Elío y Montevideo se declaran en abierta insurrección contra Liniers. Un barco español les da noticia de la formación en la Península de Juntas independientes; Canarias se ha librado por este medio de someterse á la usurpación francesa. Ni tardos ni remisos, forman el 20 de Septiembre una Junta Suprema, que preside Elío y

dicta sus órdenes con amplia soberanía; los barcos deben estar á disposición de la Junta; sus jefes han de manifestar cuantas órdenes reciban del virrey; «se exige á todos los jefes y oficiales palabra de honor de obedecer sus mandatos y no obrar activa ni pasivamente contra el Pueblo y sus campañas aunque se lo ordene otra autoridad».

Liniers manda, al saber esto, que Elío comparezca en Buenos Aires á explicar su conducta; éste alega que no puede abandonar la plaza que le está encomendada. Envía el virrey en su reemplazo á Michelena; mas es recibido en Montevideo con tales amenazas, y por Elío con tan *contundentes* razones, que no le queda otro recurso que volver á Buenos Aires; aun para esto tiene que impetrar que se dé contraorden á los fuertes para que no tiren contra el barco en que regresa.....

En los primeros momentos, las autoridades todas de Buenos Aires fortalecen la del virrey y censuran la conducta de Elío y la Reconquistadora. La Audiencia, el Obispo, el Ayuntamiento mismo, aunque ya discorde con Liniers en ciertos extremos, le apoyan resueltamente.

Los comandantes de las fuerzas militares

de Buenos Aires exponen los peligros de haberse precipitado Montevideo á formar una Junta «por imitación de las de España»; declaran que «ha puesto á aquel Reino al borde del precipicio, pues ha cundido ya ese espíritu hasta el mismo pueblo de Buenos Aires, en donde parece que nació el proyecto y explotó en Montevideo. Que esta revolución de Gobierno puede producir las consecuencias más funestas, no sólo porque se introduce la insubordinación, sino que, *además, puede producir al cabo la independencia*».

Afirma que la acusación contra Liniers «no puede ser más infundada, pues la conducta de éste ha sido muy política, aprobada por todas las personas sensatas y, sobre todo, *que ellos responden de la fidelidad de este Xefe*».

Ellos representan ciertamente al principio el partido militar; mas por una serie de eliminaciones discretas, resultarán en él, andando el tiempo, preponderantes los patricios, brazo armado del elemento criollo y nervio de la revolución que se acerca; hoy, como se ve, señalan todavía como peligro por cuya evitación se afanan el de que *pueda producirse al cabo la independencia*.

Montevideo, al verse aislada, comprende

la necesidad de llamar en su ayuda á Buenos Aires; cesan por el momento las rivalidades que las mantenían separadas y recelosas; apáganse las quejas que pocos días antes (16 de Septiembre de 1808) movían á la ciudad oriental á pedir «que V. M. rompa los grillos que le obligan á ser un perpetuo esclavo de la capital»; «que erija una Capitanía general» que le dote de una autoridad «que llene las obligaciones de su instituto, dando el debido destino á unos fondos que la capital absorbe en objetos de poca conveniencia ó mero lujo».

Ahora excita al cabildo hermano contra «un Xefe nacido en el centro de ese imperio sacrílego, cuyas depredaciones nos han cubierto de un luto eterno». Alega que «es una misma la causa de ambos pueblos» y que al Ayuntamiento de Buenos Aires, como cabeza del dilatado país, «toca cortar los abusos y remediar los males»; que la conducta del virrey «aumenta el encono y la consternación, discordias funestas que observa con gusto el Gobierno portugués». «Convulsiones políticas que no se curan con remedios violentos—escriben los sublevados al solicitar la fraternal intervención de Buenos Aires, añadiendo:—«si Montevideo ha errado, será por exceso de lealtad».

Liniers anuncia en sus proclamas que una expedición militar, mandada por D. Bernardino Velasco, marcha á someter á Montevideo, á quien declara rebelde.....

¡Lamentable escisión que debilita en críticos momentos la autoridad moral del representante de la madre patria!

El cabildo de Buenos Aires, jefe nato del partido español, si bien censura los excesos á que su exaltada fidelidad conduce á Montevideo, no puede aprobar las medidas de rigor que el virrey propone para castigo de los leales obcecados.

No tarda, por lo tanto, en aparecer divorciada del virrey; quien, después de someter la cuestión, con debilidad de irresoluto, al examen de una Junta de autoridades, no vacila en abandonar sus opiniones contemporizadoras, para adoptar rigurosas medidas que le enajenan las simpatías del elemento español.

Y el cabildo acude á la Junta Suprema Gubernativa en demanda de justicia contra el virrey, á quien acusa de «haber acalorado la cuestión por una ligereza propia de su carácter nacional, y por una pasión desordenada de vengarse».

Refiere que, cuando en su deseo concilia-

dor trató de mediar, «por medio de una diputación que le envió, la contestación fué llenarle de improperios, increpaciones y amenazas, suponiéndole fautor y cómplice de Montevideo; alarmando al pueblo y *formando escandalosos partidos entre las tropas voluntarias.....»*

Se lee entre líneas que el agraviado Liniers, al desviarse más á cada instante del partido español que le ofende con tan injustos recelos, fomenta con protección imprudente el poderío militar de aquellos patricios, cuyas fuerzas predominantes fuera cordura contrapesar. Y, en su ciego enojo, no se da cuenta de que, cuando cree simplemente que debilita al cabildo, está desarmando á España.

***

En tal extremo la porfía, llueven, espesas como piedras á tablado, las sospechas de infidencia más injuriosas.

Ambos cabildos rivalizan en la triste tarea de calumniar al virrey. Acúsanle de abrigar propósitos de erigirse en autoridad independiente de la metrópoli. Según ellos, protege á espías de los ingleses; emplea en el ejército á franceses como él con gran preferencia, so-

bre todo en el Cuerpo de Granaderos, que manda en persona; prodiga los grados militares en tales términos «que á los que ha poco se vió de presidiarios trabajar con el grillete en las obras públicas, á los que aún tienen pendientes sus causas por ladrones, á guardas, cabos de brigada y otros de la hez del pueblo, los vemos hoy con la divisa de tenientes coroneles; á reos de Estado, á los traidores, los vemos absueltos, libres y aun premiados»; de esto infiere el cabildo «que quiere formar partido con esa gente soez y vil, escogida para sus fines como adecuada y propia para todo lo que sea baxeza».

Cita con escándalo su trato licencioso con una francesa (la Perichona), casada con el irlandés O'Gorman, «la cual no sale de su casa sin escolta, tiene guardia en su casa de noche y de día, emplea las tropas del servicio en los trabajos de su hacienda; igualmente que los peones, caballadas y atalajes del tren volante; es árbitro de todo el gobierno, y por su medio se consiguen las mayores injusticias, ó por dinero ó por otros medios más viles.....»

Este cuadro acusador, con tan mala fe recargado y ennegrecido, trae á la memoria al «leguleyo de cuya mano salen enredos y com-

petencias, y cuyas producciones se pagan á peso de oro», que el informe de Goyeneche señala como asesor del cabildo.

Y la separación, lastimosa é inoportuna, se ahonda más cada día entre el cabildo de Buenos Aires y Liniers; éste, celoso del crecimiento de la autoridad municipal; aquél, contagiado por las sospechas de Elío, interviniendo con vigilancia recelosa las acciones todas del virrey extranjero.

De tales discordias se aprovechará el partido criollo, á quien la ruina próxima de la madre moribunda tiene que sugerir ideas de forzada emancipación.

Y cuando ofrece el apoyo de sus armas á la autoridad ultrajada, no perderá de vista que el partido contrario, el que ataca al representante del Poder español por amor á España, es y será siempre para él el tenaz enemigo, el bando de los ricos mercaderes capitaneados por Álzaga; el que intentará disputarle la supremacía cuando, al hundirse en el abismo de los revueltos mares la combatida metrópoli, tengan que cortar las amarras para navegar por su cuenta.

***

Porque ésta es la génesis del pensamiento emancipador. No por huir de la España viva, sino por apartar su fortuna de la España muerta, rompen el lazo de unión sus hijos de la América española. Ningún esfuerzo se encamina á arrancar de las manos de la madre patria las riendas del Poder por su genio conquistado; sólo cuando, en las convulsiones del expirante, caigan de sus manos cadavéricas, habrá sonado la hora de recogerlas para asumir la valiosa herencia.

Esa muerte vecina, tal vez esperada por unos, á no dudar llorada por otros, nadie intenta apresurarla.

Son alientos exóticos, pronósticos pesimistas divulgados por comerciantes ingleses, testigos ávidos de nuestra ruina, ó noticias de criollos comisionados en España, Puyrredón sobre todo, los que, repitiendo su fúnebre salmodia, van habituando á los nativos á la idea de que se acerca á pasos agigantados el día de libertad.

Y, á pesar de ello, se necesita el pavoroso desastre de Ocaña; que un general francés establezca su corte en Sevilla, la capital comercial para los americanos; que España quede reducida á los estrechos límites de la pe-

nínsula gaditana, para que se decida, en sesión solemne y grave, el futuro destino del virreinato huérfano; para que proclamen juntos los españoles de ambos hemisferios, no la manumisión del esclavo que rompe sus cadenas, sino la emancipación del hijo, desligado de la obediencia debida por la muerte.

IX.

Perplejidades de la Junta central.—Demasiado distantes.—Los campos se deslindan.—La misión de Molina.—Juicios y soluciones.—El tumulto del 1.° de Enero.—Intervención de Saavedra.—Amaños electorales.—Deportación de los vencidos.

Las apelaciones de los cabildos ante la autoridad central, harto empeñada en las angustias de la lucha con los franceses, se multiplican en términos que ponen de relieve la imposibilidad de *atender* y *entender* en asuntos tan complejos y remotos.

La Junta central, á pesar de que estudia cuestión tan importante con un cuidado que se manifiesta en copiosos informes, vacila, desconcertada y perpleja, ante la extraña gravedad de aquel problema, que hacen más intrincado la perfecta buena fe y lealtad de entrambos contendientes.

Primero llega á sus manos el protocolo en

que el virrey acopia datos demostrativos de la rebelión de Montevideo, y ordena, irritada, «que venga Elío bajo partida de registro».

Llueven después concordantes relatos de los cabildos, que pintan á Liniers con los más negros colores y ponderan la salvadora clarividencia de Elío, con lo cual la Junta, convencida del yerro que representa su resolución anterior, le nombra segundo jefe del virreinato.

Tal día, admiradora de Liniers, le concede un título de Castilla y 100.000 reales de rentas; tal otro, se indigna de sus chabacanas contestaciones al cabildo, y termina, al cabo, por creer á pies juntos que es cierta la intención que sus enemigos le atribuye de alzarse con el mando de la colonia independiente.

Es el escollo de la distancia que pone entre la resolución difícil y la consulta apremiante, dos navegaciones de á sesenta días. Mientras la vida colonial es lánguida, apacible, y la autoridad de los virreyes efectiva y omnímoda, el Gobierno de la metrópoli se limita á intervenir en los juicios de residencia, en los que se fiscaliza con escrupuloso cuidado la gestión de los que han ejercido el man-

do, segura de que la responsabilidad hará cautos y prudentes á aquellos en quienes delega el mando real. Pero en cuanto la actividad crece, la vida se complica y las órdenes se discuten, se hace patente la imposibilidad material de regir países tan distantes. Basta considerar lo eterno de una espera de cinco ó seis meses cuando los males se agravan y las heridas se enconan, y se ve con angustia que aun la más leve, de tan fácil cura en el primer instante, se va convirtiendo en llaga corrompida y mortal.

***

Entre tanto, la escisión dolorosa se ahonda cada día: el brigadier Goyeneche se marcha desalentado al Perú, después de gastar en balde su influencia por remediarla. Los campos se deslindan y la lucha sigue más enconada y dura. De un lado Liniers, apoyándose más cada vez en los criollos, robustece para su defensa las filas de los patricios. Enfrente de él el partido español, capitaneado por Elío en Montevideo, en Buenos Aires, por Álzaga y el cabildo, es resueltamente apoyado por el Obispo Llué, mientras la Audiencia, favorable al

virrey en los comienzos, acaba por contemplar la triste lucha, consternada y dudosa. Acaso se percata de que en el fondo de la obscura intriga los criollos disputan á los españoles el predominio armado.

El primer cuidado de la Junta Central de España, en cuanto su poder indiscutido reemplaza á las Juntas locales, es enviar á Buenos Aires, como delegado de su autoridad, al brigadier de la Armada D. Joaquín Molina, quien se embarca y navega con mil trasudores en la vejísima fragata *Flora,* tan averiada y en ruina como los poderes que conduce.

Desde el primer informe del comisionado se adivina el rápido desprestigio en que va cayendo la autoridad central.

Los jefes á quienes trata de acomodár no le hacen caso. Es verdad que «en las chozas del campo y en los pueblos por donde transita advierte ardor inexplicable por la causa del Rey»; pero también contempla, con pesar, «los males que ocasiona la conducta de los jefes y la de algunos agentes de la discordia de que son víctimas los pueblos».

No ve en Liniers, aunque tantos lo afirmen, al reo de alta traición; pero censura «su abandono, su demasiada condescendencia en

ciertos asuntos y su mayor obstinación en otros».

Elío es precipitado y no sabe mandar á los pueblos; pero es fiel, con talentos militares y «de una actividad que tiene pocos ejemplares en jefes, en América».

Molina juzga indispensable el envío de un virrey, cuya misión concreta en los puntos siguientes:

«1.° Desarmar á un pueblo que, desde que se presentaron en él los enemigos, se halla con las armas en la mano, sin que haya podido encontrarse arbitrio para hacérselas deponer. (El buen brigadier no nos indica el medio de ponerle el cascabel al gato.)

»2.° Hacerse respetar del cabildo y vecinos particulares, acostumbrados á insultar la autoridad, pidiéndola conocimiento de los negocios y aun el fundamento de sus resoluciones; y

»3.° Proponer y llevar á cabo las reformas que necesitan los Tribunales y Cuerpos.» «El mal es hondo y grave, se desconoce la subordinación en todas las clases; no se teme al Gobierno y la Administración se halla en deplorable estado.»

Aunque las tintas del cuadro nos parezcan

sombrías, el tiempo viene á demostrar la verdad de su pesimismo.

Á los pocos días de su llegada, el 1.° de Enero de 1809, estalla en tumultos el odio entre el cabildo y el virrey.

El teniente general Ruiz de Huidobro avisa á Molina que «teme un 2 de Mayo». En cambio, el alcalde Álzaga le asegura «que no se trata más que de inhabilitar al virrey, por haber casado á su hija sin Real licencia y haber nombrado Alférez Real á Rivadavia, atropellando una facultad privativa del cabildo».

Molina, en vista de tales protestas, corre á la fortaleza á tranquilizar á Liniers; «mas, á las doce y media—dice—me sorprendió el ruido de una campana que sonaba á rebato, y el de algunos tambores que tocaban la generala por las calles; puesto en ellas, y advertido de que era un movimiento popular ó tumulto, me dirijo incesantemente al cabildo; hago cesar el toque de la campana, echando á los que se habían apoderado de ella, y reconviniendo á Álzaga con la acritud que pedía el caso, me manifestó su sorpresa por un acaecimiento que decía serle inesperado».

En la fortaleza se reunen el obispo, con los

dos cabildos, entrante y saliente, y con ellos los pocos oidores que pudieron juntarse.

Ante ellos propone el virrey que dimitirá si todos juran antes morir que tolerar la formación de la «Junta como en España», que pedían los tumultuados, «ni variar un punto las leyes constitucionales del reino, resolución que agradó generalmente y que corroboró el Oidor D. Juan Bazo, añadiendo que esta idea era común y la única que podía terminar lo de Montevideo».

Mas cuando ya se trataba de extender el acta, «una voz se levanta de los oficiales, que se hallaban en el salón inmediato, para impedir la dimisión del virrey y asegurarle de nuevo que contase con sus brazos para defender su autoridad». Quien así intervenía, disipando el tumulto, era D. Cornelio Saavedra, jefe de los patricios.

La causa del fracasado movimiento ha sido puramente electoral: para lograr que el nuevo cabildo le sea devoto, Liniers «ha puesto sobre las armas, desde la víspera de la elección, de oficios concejiles, varios Cuerpos de milicias, excluyendo los de catalanes, vizcaínos, gallegos y los de veteranos».

Molina ve claramente los resultados del

frustrado intento; «queda sembrada la cizaña entre europeos y patricios, y, siendo éstos superiores en número, no me atrevo á calcular las consecuencias.....»

Las causas del fracaso han sido «la desunión y corto número de los tumultuados, sus movimientos dirigidos sin concierto, la falta de artillería y aun de caudillo.....»

Es la incierta acometida de los que, en defensa de altos ideales, se ven obligados á desafiar los prestigios de la autoridad; sin duda les sostiene la idea de que luchan por la Patria, mas les debilita y acongoja el tener que rebelarse contra la Ley. En este hondo conflicto ha de buscarse la causa de que Álzaga, el temerario caudillo de la guerra contra los ingleses, se eclipse vacilante en el motín callejero, y baste un sencillo alarde militar para disipar el tumulto.

Los oficiales europeos no se han percatado de la gravedad del problema español que en el fondo se debate. Quizá ven tan sólo una querella entre militares y mercaderes en aquella sedición vulgar, y suman gustosos sus fuerzas á las de los patricios, defensores de la ley escrita.

Mitre asegura que varios tercios españoles

contribuyeron á la represión, y poseemos el relato que cierto José de Laguna, natural de Badajoz y oficial ascendido por este lance, dirige á su paisano el secretario de la Junta central, D. Martín Garay.

Según él, «la tropa acudió á la plaza para sostener la Autoridad Real, con lo que huyeron los revolucionarios, y como á las ocho de la noche quedó todo tranquilo y el Virrey en su mando, sin que hubiese habido más que alguna que otra desgracia. Al día siguiente embarcaron al Alcalde de primer voto (Álzaga) con cuatro Regidores, se ignora para dónde; se hallan muchos presos y se sigue sumaria para el esclarecimiento de los cómplices en este delito».

El animoso Álzaga es deportado á Patagones; una expedición enviada por Elío marcha á libertarle, siendo recibido triunfalmente en Montevideo.

El partido español de Buenos Aires estaba vencido.

X.

El último virrey. — A pueblos jóvenes, virrey viejo. — Instrucciones de Marzo desmentidas en Abril. — Las precauciones de Cisneros. — ¿Viene solo? — Lealtad de Liniers. — Una deuda común de la Argentina y España.

El 16 de Febrero de 1809, la Junta Central, convencida de la imprescindible necesidad de relevar al virrey, elige para tan difícil cargo al teniente general de la Armada D. Baltasar Hidalgo de Cisneros; la minuta del nombramiento, así como las de todos los oficios consiguientes, prueban que la intención primera fué confiarle el virreinato de Nueva España; un tachón substituye en todos ellos este nombre por el de Buenos Aires.

No tardan en llover instancias pidiendo que no se aparte de su actual destino al jefe del Departamento de Cartagena; la ciudad, la Maestranza, todos reclaman con empeño

que prosiga á su frente el héroe de Trafalgar.

La Junta se niega con entereza á la contraorden deseada: enviará á Cartagena á otro ilustre marino, D. Gabriel de Císcar, futuro Regente; pero exige que Cisneros vaya muy pronto á posesionarse del nuevo destino, «para cortar unas disensiones que, siendo en sus principios hijas de un celo indiscreto, podrían degenerar fácilmente en una guerra civil». Juzga preciso para lograrlo «suprimir la Junta de gobierno que se ha formado en Montevideo; que se proponga un gobernador á propósito para dicha plaza, y que el actual (Elío) venga á España, bajo partida de registro».

El 5 de Marzo vuelve á encarecer la urgencia del viaje: estima «que las disensiones proceden de personalidades odiosas», que se disiparán ante un jefe «que sepa hacerse igualmente respetable por su rectitud que por su firmeza». Los sentimientos de aquellos países son inmejorables: «todos quieren ser españoles, y obedecen al soberano»; no hay más que «imprudencia en los jefes, que exponen á dos pueblos á una guerra civil».

Á tal insistencia, el nuevo virrey decide ponerse en camino para recibir detalladas

instrucciones de la Junta; pero «como mi salud no me permite andar en posta, he mandado aprontar la fragata *Proserpina,* y en ella iré á Cádiz, y de allí á Sevilla». Como se ve, la salud del virrey electo no es tal que le permita recorrer infatigable el virreinato. Sin duda se juzga cualidad preeminente para gobernar la intranquilizada comarca la frialdad de juicio, no el ardor de corazón; tal vez, si fuera usual entre gobernantes cristalizar en refranes sus pensamientos, hubieran dicho: «Á pueblos jóvenes, viejo virrey».

El 24 de Marzo recibe las primeras instrucciones; los sucesos aparecen relatados en ellas en forma que hace resaltar la culpable imprudencia de Elío: Liniers ha procedido «con poco tino». Á Cisneros toca «corregir los abusos de la Administración, repartir el premio y el castigo, mirar la felicidad pública como el primer objeto de sus tareas, para tener contentas esas provincias». Mas el principal deseo de S. M., el que revela el amplio espíritu innovador de la Junta, es «que se olvide el principio abominable de que la opresión es la que tiene sujetos los pueblos»; hay que proclamar «las máximas de un gobierno liberal» y fomentar el comercio de aquellos

habitantes «con recíproca utilidad suya y de la metrópoli».

Pronto nuevas noticias (si cabe llamarlas nuevas, cuando las de última hora alcanzan á los postreros días del año anterior) inducen á recelar de los manejos de Liniers, y hacen surgir, por vez primera, ante la Junta, el espectro del separatismo. Ha sido capturado un médico inglés, Paroisin, con cartas del eterno conspirador, Rodríguez Peña, para muchas personas de Buenos Aires, revelando propósitos de independencia, favorecidos, al parecer, por el almirante inglés Sidney Smith. Al mismo tiempo los cabildos muestran su horror por las cartas separatistas que le dirige su representante en España, Puyrredón, «hombre de mucho talento, relacionado con las principales familias del país, hijo de francés y cabeza acalorada». Por último, la conducta de Liniers «va adquiriendo caracteres de sospechosa»; «hay que evitar que se levante con el mando».

En opinión de la Junta, el remedio para este mal consiste en apoyarse decididamente en Elío, tan popular entre los suyos, nombrándole segundo jefe de las tropas del virreinato; traer á Liniers á España, «con un pretexto

honroso» y expulsar á todos los franceses y á sus hijos. Dicta luego minuciosas precauciones para impedir que Liniers pueda negarse á entregar el mando, y que dan la clave del proceder incierto y receloso de Cisneros á su llegada á Montevideo. Con la mayor energía le ordena «que desarraigue las ideas de independencia, castigando con severidad y prontitud los delitos de esta clase». Esto explica el rigor de Cisneros con los insurgentes de La Paz, que ha de enajenarle las simpatías de los criollos. Acaba declarando que, de la pronta llegada del virrey depende quizás «el conservar aquella preciosa parte de la Monarquía». Estas nuevas instrucciones son del 3 de Abril de 1809.

El 2 de Mayo, á las tres de la tarde, se da á la vela en la bahía de Cádiz la *Proserpina;* un año hace que comenzó, sangrienta y gloriosa, la lucha por la independencia española; un año falta para que el viejo virrey vea, impotente y consternado, cómo los hijos y admiradores del heroísmo de la metrópoli imitan su alto ejemplo.....

Apenas la fragata ha desaparecido tras el horizonte, circulan por Sevilla noticias de origen inglés que describen los acaecimientos del 1.° de Enero en Buenos Aires, como acto de re-

belión declarada de Liniers contra la metrópoli.

La idea cae en terreno tan abonado, que la alarma indescriptible de la Junta se manifiesta sin rebozo. Basta apenas á tranquilizarla el digno y mesurado oficio de Liniers, que recibe en breve y constituye la prueba más noble y alta de su lealtad, de su patriotismo y de su modestia. En él recuerda su constante deseo de que le separen del virreinato, para el que le incapacitan «las muchas conexiones que tiene en una ciudad en que los resortes de la subordinación se hallan enteramente relajados y sin más poder executivo que el que había creado y entusiasmado para la defensa». «Aquí se necesita—añade con nobleza—un virrey lleno de energía y probidad y, sobre todo, *con dos regimientos de tropas veteranas*. Por lo tanto, á pesar de hallarme pobre, cargado de empeños y con ocho hijos, vuelvo á suplicar se me releve de este destino.»

***

Entre tanto, Cisneros adopta, para acercarse á Buenos Aires, según la feliz expresión de Mitre, «todas las precauciones que habría empleado para reconocer una plaza enemiga»

Despacha emisarios desde Montevideo para sondear la actitud de las fuerzas armadas y pasa á la Colonia para reunir algunas tropas. Allí le encuentra Liniers.

Los temores de Cisneros se reflejan en la pregunta ansiosa que dirige á quien le anuncia su llegada:—¿Viene solo?—

Sí. Viene solo, acompañado de su lealtad caballeresca; ¡solo!, superior á todas las sospechas y á todas las tentaciones.

Aquella idea que flota en el aire, realidad indudable para el rencoroso Elío, recelo mal disimulado en la Junta central, preocupación que dicta las nimias precauciones de Cisneros, ha llenado también las almas de los criollos, dueños de la fuerza armada, con la ilusión de lograr por tal camino su íntimo anhelo: una revolución sin sangre.

Belgrano se atreve á proponer al virrey desposeído, al hombre de honor á quien ofenden tan injuriosas alarmas, que ejerza en su provecho el Poder, que nada contrapesa, proclamándose el árbitro de los destinos de un pueblo naciente. La prueba mayor de que aquella idea, nueva para Liniers, resulta perfectamente lógica, es que se agita á la vez en todos los ánimos, en forma de temor ó de esperanza.

El alma sencilla y leal del virrey rechaza, sin ostentoso alarde, la oferta deslumbradora; así prueba, para siempre, los quilates de su fidelidad y lo sincero de su modestia.

El general Mitre escribe por todo comentario de esta acción hermosa:

«Liniers, que carecía de las grandes calidades del mando, retrocedió con timidez ante el ancho camino que se le ofrecía, y, *siendo el árbitro de la situación*, se resignó á obedecer humildemente.»

No podemos admitir sin protesta tal criterio. Volver las armas y el prestigio de una autoridad contra el mismo que la confiere, traición será siempre, sean cuales fueren, abominables ó gloriosas, las consecuencias de tal ruindad.

Liniers podía, en premio de aquella acción que repugnaba á su lealtad, ser jefe supremo de un país agradecido; llenar la primera hoja, en blanco todavía, en los anales de un pueblo nuevo. Sin duda habría alcanzado puesto glorioso entre afamados triunfadores; tal vez hazañas memorables murieron en germen por la negativa del que hubiera acaso fatigado á la historia con su nombre.

Mitre dice:—¡No se atrevió!—¿Por qué

no hacerle más justicia, exclamando:—¡No quiso!—?

Para los que creemos que las leyes morales son eternas y obligan por igual á grandes y pequeños, á audaces conquistadores y á ciudadanos obscuros; para quien juzgue una ignominia las lecciones que á los príncipes dicta Maquiavelo y declare inicuo el despojo, aunque lo robado sean provincias ó naciones, la sencilla grandeza de esta negativa conquista el corazón. Pudo ser el encumbrado aventurero y prefirió llamarse el soldado leal; renunció á la fortuna por fidelidad á la patria; antes que asombrar al mundo con la pompa corruptora de una grandeza inmerecida, prefirió dar su existencia para ejemplo del deber cumplido.

Por eso nuestros ojos, que contemplan irónicos tantos bronces triunfales que nada dicen á la memoria ni al corazón, echan de menos en el lugar solitario testigo de la hermosa muerte de aquel hombre de bien, una lápida que recuerde su nombre y su vida; nombre que escribir debieran con emoción profunda, juntas las manos por efusión generosa, la piedad argentina y la gratitud de España.

XI.

Reformas liberales. — Gaceteros conspiradores. — El libre comercio. — Dura represión. — Peticiones de socorros. — Quintana, el Tirteo español. — El plazo de Saavedra.

Antes que lás palabras de Liniers, los hechos convencen á Cisneros de su lealtad perfecta, de tal modo, que Elío comenta, entre asombrado é inquieto, la facilidad con que se le consiente permanecer en el virreinato. Córdoba de Tucumán, la ciudad universitaria, es el lugar donde se establece, libre al fin de los afanes y cuidados del mando.

Entre tanto, el nuevo virrey procura en Buenos Aires, obedeciendo las órdenes recibidas, atraerse con liberales reformas á los nativos. No comprende que cada paso hacia las nuevas ideas le aparta del elemento español, chapado á la antigua y amante de la tradición, porque allí el pasado representa el pode-

río de España, en pugna con el porvenir, que ha de ser la revolución temida.

Firme en tales propósitos, Cisneros inducirá á Belgrano á resucitar un periódico, del que espera fructuosa defensa de sus proyectos, sin sospechar que su redacción acabara por ser centro de conspiradores, y sus hojas, en apariencia anodinas, alas con las que vuelen y se difundan los gérmenes de ideas separatistas.

No tarda en surgir pavoroso el problema económico, eterno precursor de todas las revoluciones. Así como en Inglaterra la precisión de recurrir al Parlamento en demanda de subsidios, y en Francia la urgencia de reunir los Estados generales para librarse de la bancarrota, entregan á Carlos I y Luis XVI á merced de atrevidos reformadores, así el virrey Cisneros se ve forzado á la adopción de audaces innovaciones por la absoluta carencia de recursos.

Aquellas tropas voluntarias que organizara Liniers para la defensa de Buenos Aires, y cuyo inmediato desarme aconsejaba el brigadier Molina con tan sabia sencillez, no sueñan, ni por asomo, en abandonar las armas, que los nativos han de manejar á su talante,

y consumen, en cambio, con gran exceso, las rentas todas del virreinato. Agrava tal situación la prodigalidad de recompensas, arma de que han abusado ambos partidos en su empeño por atraerse á los dudosos, y el déficit resulta tan considerable, que los gastos mensuales ascienden á 250.000 pesos, siendo tan sólo de 100.000 las entradas en el mismo tiempo.

En tan crítico estado, la cuestión latente y honda, la causa primordial de escisión entre españoles de Europa y de América, el absurdo monopolio exclusivo, vuelve á ponerse sobre el tapete. Los ricos hacendados, principales productores del país, obligados á considerar como exclusivos clientes á los comerciantes de la metrópoli, reclaman con justicia contra los enormes perjuicios que padecen al encontrarlos cada día menos en número y más remisos é intratables, por las condiciones en que la guerra cruel coloca á su mercado único.

Verbo de tan justas reclamaciones es un tribuno elocuente: Mariano Moreno proclama á la faz del mundo la inanidad de tal sistema en su famosa «Representación de los Hacendados», y el país entero se da perfecta cuenta de que aquel error secular no puede ya durar ni un solo día. El copioso aumento en los in-

gresos, que ha de ser consecuencia inmediata de tal reforma, acaba de convencer al virrey, y la aspiración unánime y ardiente de los nativos, lo que á los ojos de los negociantes peninsulares constituye, por error generalizado entonces, la anulación completa de las ventajas comerciales de la metrópoli, se realiza sencilla y brevemente.

La revolución económica es ya un hecho.

El virrey, que se atreve á realizarla sin autorización de la Junta, cree tal vez que aquel acto de justicia, que le enajena las simpatías del partido español, le conquistará la gratitud de los criollos. ¡Error cien veces repetido el del impotente que se disfraza de magnánimo! Jamás poder inerme logró hacerse respetar prodigando mercedes; sólo los fuertes pueden aspirar á ser amados por buenos.

La rebelión de Charcas (Chuquisaca), seguida á poco por la de La Plata, esta última francamente antiespañola, y al grito de ¡Viva Fernando VII! ¡Mueran los chapetones!, aumentan la conmoción de los espíritus. Dominados en breve los mal dirigidos conatos, Cisneros, en cumplimiento de las órdenes recibidas, los reprime con mano dura. Después de

alejar á los españoles tiene que descontentar á los criollos.

***

Oficios apremiantes que recibe de la Península recuerdan á Cisneros el ansia con que son esperados en ella recursos para la lucha, producto de rentas y suscripciones imaginarias que sería vano pedir al decaído entusiasmo de los bonaerenses.

En una de tales comunicaciones, después de felicitarle por su pulso y acierto en la solución de los problemas pendientes, dícenle así:

«También espera la Junta que V. E. se ocupará en desarraigar todas las semillas de la división, y que no tardará la metrópoli en ver los efectos saludables de la misión de V. E., así en la tranquilidad y contento del país, como en las remesas de caudales, que tanta falta hacen para sostener los inmensos gastos que ocasiona la guerra cruel en que está empeñada la nación.»

Acaso esta confesión de penuria trajera á los labios de más de un inconfesado enemigo de España una sonrisa de desdén, por la avi-

dez codiciosa que entre líneas aparece. ¡Es tan fea la necesidad y proyecta sombras de tan universal desprestigio sobre el mando!

Y, sin embargo, nada más digno que la actitud de los gobernantes españoles en medio de aquella abrumadora escasez, ni más desinteresado que aquellas peticiones. Á la leal Montevideo, que reitera sin cansancio cuantiosos donativos, dice con noble gratitud, en 6 de Junio, la Junta Central:

«La Península hace sacrificios que exceden de toda ponderación para consumar la obra grande de la independencia nacional; pero los enormes gastos de una guerra tan obstinada no pueden sostenerse sin la generosidad de los españoles (1) americanos. Todos somos hijos de una misma Madre, todos defendemos una misma causa, y ya que la Providencia reserva á este desdichado país la desolación de sus provincias, la muerte de sus hijos, el saqueo de sus pueblos, las violaciones de sus vírgenes y la profanación de sus templos, justo es que las Américas se impongan voluntarias privaciones para aliviar el

(1) Esta palabra aparece tachada en la minuta: ya se duda de que les sea grato ser llamados así.

grave peso que agobia á España y ayudarla á salir victoriosa de una lucha que ha de hacer la felicidad de toda la Monarquía y llenar de gloria inmortal á todos los que tengan la fortuna de llevar el nombre español.»

¡Ah! Sólo un poeta como el gran Quintana pudo hallar tan conmovedores acentos al poner al servicio de la más santa de las causas su genio y su corazón.

Mucho debió España en tan acerbos días á su poeta grandilocuente. Coloquemos en su puesto al secretario vulgar, al perfecto funcionario, y las proclamas llameantes serán prosa oficial; las demandas de auxilio, confesión medrosa; las peticiones de socorros, importuna solicitud de mendicante. Hace falta la contagiosa fiebre de su inspiración, para que la arenga alada y sonora vibre como el clarín; para que los corazones palpiten y los ojos se humedezcan; para que de tantos desastres, y miserias, y dolores, surja, tonante y poderosa, la voz misma de la patria ultrajada.

***

En tanto, acrecido diariamente el poder, ya sin contrapeso estimable, de los criollos;

equilibrada en las últimas elecciones la representación de ambos partidos en el cabildo, antes ciudadela irreductible del predominio español; preponderante y decidida la fuerza armada de los patricios, la hora de la revolución depende sólo de la voluntad de quienes, ocultamente todavía, la dirigen y encauzan. Belgrano, Passo, Castelli (1), Rodríguez Peña, Alberti y tantos otros, laboran sin descanso por la idea común; mas el árbitro del movimiento, como representante de la fuerza armada, es D. Cornelio Saavedra, jefe de los patricios.

Más de una vez los enardecidos impacientes han querido aprovechar la noticia de algunos de los mil desastres de nuestras armas para consagrar por actos externos la revolución, ya efectiva en lo interior. Pero Saavedra declara ante ellos solemnemente que para sentir desligada su fidelidad, para proclamar el fin de la misión histórica de la metrópoli, muerta al embate de la perfidia francesa, es preciso esperar un hecho transcendental: que los corceles galos, forzando el antemural de Sierra Morena, abreven en el Betis. Enton-

(1) Tres apellidos italianos.

ces, cuando la autoridad vacilante se extinga y la metrópoli desfallezca al rudo ataque, habrá sonado la hora de decir al mundo que las colonias españolas «son independientes de hecho y de derecho», lanzando el grito «¡España ha caducado!»

Y esa hora se acerca.

En aquellos días del mes de Noviembre, aquí otoño brumoso, allí primavera radiante, cae destrozada por la caballería francesa nuestra esperanza más florida, el ejército improvisado por el entusiasmo de una nación desangrada; ejército que en tierra menos indómita y dura debiera ser el último, y en la terca porfía del «pueblo que sabe morir», resulta uno de tantos.....

Faltan en Sierra Morena los soldados deshechos y rotos en Ocaña, y el ejército francés invade los vergeles andaluces en paseo triunfal.....

XII.

Horas de ansiedad.—El cabildo abierto.—Llué, Castelli, Villota y Passo.—El prestigio español.—La intervención del pueblo.—Á nuestros hermanos de América.

Llegamos al fin de nuestro modesto trabajo; al acto mismo emancipador, tan complejo en su sencillez aparente, tan digno de estudio atento por las incertidumbres y vacilaciones que le acompañan y que nos veda detallar como merece la estrechez forzada de nuestro plan.

El 13 de Mayo de 1810, una fragata inglesa toca en Montevideo, y al siguiente día desbórdanse por la ciudad, para extenderse rápidas por el virreinato, las noticias aterradoras: Ocaña, la invasión de Andalucía, Sevilla, capital francesa; la Junta Central fugitiva delante de los ejércitos vencedores.....

Pronto Buenos Aires se agita con excita-

ción indefinible, mezcla de dolor y de esperanza.

Aquella hora anhelada, suena con lúgubre tañido que sorprende y turba á los conspiradores, antes resueltos, abrumados ahora por la profunda crisis que se acerça.

Ya no cabe dudar: España ha caducado. Mas ¿qué nuevo poder tendrá prestigios bastantes para reclamar la valiosa herencia? ¿Qué autoridad desconocida logrará obediencia sin límites en la extensión del virreinato, no ganada todavía á las ideas revolucionarias? ¿Qué institución hallará base firme en aquella tierra, agrietada por el terremoto que arruine lo establecido?

Con acierto notable los patriotas cimentan el gobierno de la patria futura en el cabildo; la institución municipal española por excelencia; la primera que improvisa Hernán Cortés al verse falto de toda autoridad en que basar la suya tan precaria.

El alcalde Lezica (criollo) convence al virrey de la necesidad de convocar un «cabildo abierto». Cisneros, indeciso, quiere saber antes qué apoyo puede esperar de las fuerzas militares; reune á sus jefes, y Saavedra le declara con leal franqueza que, puesto que han

caducado sus poderes, el pueblo tiene que «asegurar su suerte y la de América». Aquí aparece patente el amplio y noble espíritu en que informan sus actos los directores de la revolución argentina; no aspiran con estrecho egoísmo tan sólo á su propia libertad, sino que pelearán en defensa de la de todas las colonias hermanas.

No cabe pintar como se merece aquella junta solemne, coreada por el pueblo con pasión que explica la ausencia de los menos resueltos entre los españoles. De un total de 400 invitados, sólo 224 acuden al llamamiento; los más de los que faltan son españoles, «intimidados tal vez—dice Mitre—por la actitud decidida de los patriotas».

El obispo Llué, representante inflexible de las tradiciones de la conquista, reivindica la soberanía para el último pueblo español que aún levante enhiesta la bandera nacional.

El otras veces fogoso Castelli habla «algo vacilante y variando de colores»; defiende la doctrina feudal, ya por todos admitida como fundamento del derecho de no aceptar á Napoleón por soberano aunque logre con su pérfido ataque subyugar á la Península. América no debe obediencia á la metrópoli esclava,

sino al rey prisionero; al grito de ¡Viva Fernando VII! y llamando á los españoles afrancesados y «agentes de Napoleón» se darán las primeras batallas de la independencia. Á esto llama Mitre «el lenguaje convencional de los revolucionarios».

El Rey es el jefe supremo; pero en su ausencia, al pueblo toca decidir sobre su propia suerte.

El fiscal Villota, admitiendo los mismos principios, hace patente con hábil dialéctica que corresponde el estatuir en situación tan grave, no á la capital, ni á una sola provincia, sino á todas ellas, debidamente representadas. Turba este inesperado y lógico dictamen á los patriotas; piden que hable su corifeo, el profundo abogado Passo, quien «con cierta turbación» al comienzo y con soberana elocuencia luego, admite la necesidad de juntar en Cortes á los representantes de las provincias; mas declara que «las elecciones no serían libres» si se realizaran dentro del régimen actual; al cabildo toca garantizar la libertad indispensable. Un inmenso aplauso recuerda á los españoles la «amenaza velada» de tales argumentos.

Villota no puede contener las lágrimas al

recordar á españoles y americanos las glorias recientes conquistadas bajo la misma bandera. ¡Es la voz de la madre desolada que implora en vano al hijo aventurero decidido á partir!

Entre tanto, en plazas, clubs y cuarteles sucédense sin tregua los conciliábulos y reuniones armadas; resueltos conspiradores, exaltados por ansias de libertad, aguzan sus armas y cambian, para fortalecer sus resoluciones, trágicos juramentos.

¡Ah! Quien demuda y empalidece á los oradores balbucientes y cohibe á los soldados animosos, no es, no puede ser aquel anciano virrey, sin dinero y sin armas, representante de una metrópoli subyugada y vencida, sino el respeto heredado que infunde el prestigioso nombre de España; el guardián único y bastante de aquellas conductas sin escolta que llevan incólumes, á través de pampas y desiertos, los millones de pesos del Potosí.

Las Juntas que el cabildo abierto elige para dar forma á sus propósitos innovadores, no se atreven, cuando el momento llega, á profanar aquella figura inerme que simboliza el pasado, y la colocan al frente del nuevo gobierno por espontáneo impulso.....

Para destituir al virrey es preciso desencadenar al pueblo; al eterno renovador inconsciente, que destruye, como jugando, esplendorosos prestigios, cuyo brillo, acaso porque los ve desde muy lejos, no deslumbra su mirada infantil.

El pueblo nombra por aclamación á sus nuevos gobernantes: Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Mateu, Larrea, Passo y Moreno. Decide que una expedición militar, al grito de ¡Viva Fernando VII! conquiste el virreinato para la revolución triunfante, y embarca para Canarias al virrey y los oidores, representantes de la España oficial.

El 25 de Mayo alborea, lluvioso y opaco; pero la alegría inunda los corazones y el azul del cielo resplandece en las escarapelas que French improvisa para distintivo de los patriotas, como brillará, puro y glorioso, en la bandera de la nación que nace.

La revolución argentina se ha consumado.

***

Hoy es día de júbilo; por vez primera los hijos vigorosos invocan y aclaman á la madre ausente.

¿Qué representa entre su prole robusta la gloriosa anciana? ¿Qué puede ofrecer á los continuadores de su raza, separados y dispersos por los embates del destino?

¡Muchos, inestimables dones!

Mientras los hijos afanosos preparan, talando bosques vírgenes, campos feraces para las cosechas futuras, la viejecita venerada, el tronco añoso de tantas ramas fructíferas, vegeta rumiando recuerdos; creyérase que no existe.

Pero que en la grey familiar estalle la discordia; que choques de intereses ó conflictos de honor armen airadas las manos que acarició en la cuna. Veréisla entonces, reanimada la energía ancestral; su acento tendrá vibración conmovedora al recordar deberes fraternales y, renacido en los furiosos el infantil respeto, depondrán sus iras á la voz adorada, nuncio de paz y amor.

Cien años ha tardado en revivir el filial sentimiento que hoy enternece á España; pero el perfume de la flor que sólo abre su cáliz una vez cada siglo, quintaesencia los aromas de cien primaveras.

¡Bienvenidos seáis! Al alcanzar la cumbre, se comentan con deleite los riesgos del camino; en la plenitud del vivir, el recuerdo de la indecisa infancia, toda temores y caídas, nos reconforta como visión dichosa.....

Venid, hermanos; la sangre es más espesa que el agua.

Vuestros nombres son los nuestros: los llevaban aquellos soldados navegantes, impávidos desfloradores de misterios, que al surcar sin temor mares desconocidos, veían cada noche centellear sobre su frente constelaciones nuevas. ¡Venid! Nuestros Archivos atesoran la grandeza de su pensamiento; en nuestras vetustas catedrales duermen sueños de gloria.

Y en el viejo solar vive y os ama el hermano que no sintió la comenzón aventurera; tal vez en demasía apegado al terruño; acaso, un tanto soñador y poeta; de todas suertes, creedme, digno de vosotros.

Nuncio de su cariño, os ha enviado una hija de la sangre de sus reyes, y la habéis recibido con explosión de amor.....

¡La casa solariega os aguarda, vestida de gala.....! ¡Vuestros hermanos, con los brazos abiertos!



ÍNDICE

